LOLI Y PEPE ERASE UNA VEZ...

LOLI Y PEPE ERASE UNA VEZ...

Memorias recopiladas por Luis Mínguez Santos



Madrid 2014

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio ya sea digital, fotocopia o cualquier otro medio de reproducción o difusión sin la autorización por escrito del autor.

Ediciones **EL LIBRO DE SU VIDA**Responsable editorial: Luís Mínguez Santos
Calle Islas Cíes, 47, 5° L. Madrid
Tel. 91 738 91 33
www.librodesuvida.com

Diseño de cubierta: RGB Maquetación

Producción editorial: EL LIBRO DE SU VIDA

Impreso en España 2014. Madrid (España)

A mis padres

Por vuestro soporte incondicional, y el haber hecho de mi la persona que soy. Sois mi inspiración y referencia, y nunca podré estar lo suficientemente agradecido por lo que me dais, enseñáis, y por lo que sois.

"Solamente dos legados duraderos podemos aspirar a dejar a nuestros hijos: Uno, raíces; el otro, alas."

Hodding Carter

"Sin lugar a dudas, es importante desarrollar la mente de los hijos. No obstante, el regalo más valioso que se les puede dar, es desarrollarles la conciencia".

John Gay

Vosotros me permitisteis hacer las dos cosas. Os quiere, vuestro hijo Álvaro.

LOLI

Mi madre me trajo al mundo el 31 de julio de 1949, que cayó en domingo, y la cigüeña tuvo a bien depositarme en Aramendía, un pequeñísimo pueblo de agricultores y ganaderos de apenas veinte casas, en la Navarra media, a los pies de la sierra de Santiago de Lóquiz y a medio camino entre Estella y la más conocida sierra de Urbasa. En la actualidad tiene unos sesenta habitantes censados. Mis ancestros debieron tener una larga vinculación con la localidad, pues llevamos su nombre en el apellido.

Fui la sexta y última hija del matrimonio, aunque una hermana, la tercera de la serie, murió siendo un bebé, de la enfermedad que entonces se llamaba "garrotillo". Yo heredé su nombre, María Dolores, que hubiera sido Ignacio de haber nacido varón. Mis otros hermanos eran José María, el primogénito, que me llevaba nueve años, y tras él Julio, nacido en 1941; Juan Cruz, quien lo hizo tres años después, y José Antonio, el más cercano a mí, tres años mayor.

Mis padres, Santiago Aramendía y Josefina Lana, se habían casado en 1939, él con treinta y cuatro años y mi madre con diez menos. Sus dos familias eran del pueblo. Mis abuelos paternos, Ambrosio y Manuela, tuvieron diez hijos, de los cuales uno murió en la guerra, dos se hicieron monjas, dos más emigraron a América, y otros dos se mudaron a otra localidad navarra. Posiblemente

tuviera que ver en tal éxodo y desmembración familiar el hecho de que el abuelo Ambrosio, que era labrador, muriera muy joven, debiendo ser la abuela Manuela la que sacara adelante a la familia. Desgraciadamente no conocí a ninguno de los dos.

Mis abuelos maternos, Francisco y Felicia, también fueron pródigos en hijos: tuvieron ocho, sufriendo igualmente la pérdida de uno de ellos en la contienda, y ofreciendo también una hija al servicio de Dios.

Mi padre, que había nacido en 1905, se libró de ir a servir en las filas franquistas por la precaria situación de su familia, pero esta temprana orfandad le obligó a probar todo tipo de quehaceres para salir adelante y ayudar en casa: trabajó de agricultor –tuvo tierras, pero muy pocas–, probablemente haría algo de estraperlo en la posguerra, como hizo todo el que tuvo ocasión, y entiendo que desempeñaría otras tareas de la vida rural. Pero sobre todo se orientó hacia la ganadería, haciéndose primero con unas cuantas ovejas y siendo pionero en esta actividad en Aramendía. Y debió hacerlo bien, porque antes de casarse ya había reunido su propio ganado, lo que aseguraba a la pareja una base económica no desdeñable, aunque tuvieron que afrontar un revés considerable cuando, para casarse, obligaron a mi madre a renunciar a sus derechos sucesorios. ¿Por qué? Pues no lo sé bien, porque es verdad que existía en algunas regiones la tradición de que el hermano mayor, el heredero, se quedaba la mitad de la herencia, pero mi madre es que perdió todo lo que la hubiera correspondido.

Los anuarios no reflejan ningún acontecimiento especialmente relevante el día exacto de mi nacimiento, pero por dibujar someramente el panorama del mundo y de nuestro país en tal fecha, diremos que era el tiempo en que en los Estados Unidos estaba en su apogeo la llamada "caza de brujas" emprendida por el senador McCarthy contra toda persona sospechosa de ser comunista; que George Orwell acababa de publicar su famosa novela "1984", y que el realizador italiano Vittorio De Sica estaba obteniendo un gran éxito con su película "Ladrón de bicicletas".

En nuestro país, una explosión de grisú en el pozo María Luisa de Sama de Langreo les había costado la vida nada menos que a dieciséis mineros un par de semanas antes; aunque tal vez el país estuviera más pendiente de los éxitos que cosechaba nuestra selección de fútbol, que pocas fechas atrás había arrasado a Irlanda en su campo con una alineación donde figuraban Basora, Venancio, Zarra, Panizo y Gainza (lo apunto para los que entiendan de este deporte). Antonio Machín continuaba cosechando grandes aplausos allí donde actuaba, y en el terreno de los ecos de sociedad la gran noticia (5 de agosto) la constituiría el sonado divorcio de Ingrid Bergman para casarse con el director italiano Roberto Rossellini, con quien acababa de rodar "Stromboli".

Si acudo al diario "ABC" del día, para mí incomparable, de mi natalicio, apenas encontraré nada mínimamente interesante: la portada, con fotografías, refleja los avances de la industria aeronáutica en Gran Bretaña, y las inmediatas páginas en huecograbado las ocupan una historia escrita por Azorín y un artículo o así titulado "Estampas de San Ignacio de Loyola". La primera página ya eminentemente informativa (hay que pasar unas cuantas porque se ve que era una edición dominical), se ocupa de asuntos que tampoco interesarán mucho al lector: que si en Nueva York se discutía sobre la ayuda militar a Europa (el peligro comunista de

nuevo), que si los mineros australianos estaban en huelga y el gobierno británico preparaba el envío de tropas para meterles en vereda... En fin, no parece que aquel domingo la lectura del periódico fuera precisamente apasionante. Casi lo más llamativo son las páginas de anuncios: medias para las señoras, aparatos de radio, cursos por correspondencia...

Volviendo a lo doméstico, nací en el seno de una familia bastante atareada. El matrimonio trabajaba muchísimo, bajo la dirección de mi padre, que en definitiva traía los cuartos, pero con la inestimable ayuda de mi madre, que era la administradora y que, además de cuidar de los hijos, tenía que ocuparse de otra multitud de labores domésticas: los conejos, las gallinas, los patos, llevar el regadío, lavar la ropa en el lavadero, hacer el pan, y llevar a cabo la matanza de los gorrinos cuando llegaba el momento. La señora Josefina era la primera en levantarse y la última en acostarse, y todo ello a pesar de una salud que pronto se tornó muy delicada, lo que le añade mérito. Nunca la vi con los brazos cruzados; incluso cuando descansaba, aprovechaba para hacer ganchillo. Ya de mayor yo a veces le decía a mi padre que ella -la abuela, la llamábamos-había trabajado más. Y él se enfurruñaba y negaba un tanto airadamente, pero estoy segura que en el fondo compartía mi misma opinión.

Mi madre sabía además calmarnos y arroparnos en los momentos malos. ¡Y qué voy a decir de las comidas que nos preparaba! Aquel pollo, aquel conejo, aquellas croquetas; las sopas y el cordero... Las tostadas en distintas variedades: con un dedo de nata (porque en casa, claro, había toda la leche que quisiéramos), con miel, o con el tocino del cocido y sal. O su arrope, que era el mosto cocido con piel de naranja y nueces... Aunque lo mejor de todo era lo bien

que preparaba el jamón, el chorizo y las morcillas de los dos o tres cerdos que matábamos cada año. No los he vuelto a probar iguales.

Y tampoco me olvido de sus natillas. Todavía se me hace la boca agua al recordarlas.

Mi padre era una persona íntegra y trabajadora. Un emprendedor –como enseguida se verá– con una manera de pensar muy adelantada a su tiempo. Siempre decía que la mejor herencia que podía dejar a sus vástagos no eran unas pesetas, sino enseñarnos la forma de ganarlas por nosotros mismos. Consecuencia de su tesón y de esta forma de pensar fue que cuatro de sus cinco hijos saliésemos de Aramendía para estudiar, lo que no dejó por cierto de suscitar críticas entre algunos vecinos. O más que críticas quizás habría que decir envidias, porque en un sitio donde todos se habían dedicado a lo mismo durante generaciones y no había más horizonte que la estricta subsistencia, seguramente no se aceptaba muy bien que otros aspirasen a algo más y quisieran dar estudios a los hijos. Así eran las cosas.

En lo más humano era un gran hombre, cercano y apreciado por los demás, empeñado en sus negocios pero que también sabía divertirse. Para todos sus hijos, uno y otra fueron un ejemplo a seguir. Nunca nos pegaron, nos educaron en el respeto exquisito, y el recuerdo que tengo de ambos es magnífico. Los tengo en un pedestal.

Éramos una familia humilde, pero la visión de mi padre y el esfuerzo de ambos trajo un considerable progreso material para la familia. Mi padre se consolidó como el único ganadero del pueblo y llegó a tener tantas ovejas y cabras –no me atrevo a decir cuántas cabezas— como para necesitar contratar pastores, así que para

cuando nací yo ya habían podido adquirir todo un edificio de cuatro pisos y bajera en el cercano pueblo de Estella, en la mejor zona, enfrente del ayuntamiento, al que más adelante añadieron dos viviendas más, una para alquilar y otra para su propio acomodo. Lo que, junto a otra razón que enseguida desvelaré, motivó que mi vida, desde pequeña, se desarrollase entre aquella población y mi pueblo de nacimiento.

También intentó comprar otras propiedades en la zona del Puy de Estella, una inversión bastante grande que no llegó a fraguar por muy poco. En fin, que no paraba de planear cosas. Supongo que la prosperidad económica le acabaría convirtiendo en una personalidad local en Aramendía, porque de hecho llegó a desempeñar la alcaldía durante un tiempo.

De este pequeño municipio tengo recuerdos muy vívidos y agradables. Era como quien dice un villorrio, pero la verdad es que ocurrían muchas cosas a lo largo del año. Y el capítulo religioso pesaba mucho, como era bastante común en Navarra. Era obligatorio ir a misa los domingos, día en que cada familia tenía que preparar el "pan bendito", un canastillo con pan cortado en cuadraditos que bendecía el cura. También se sacaba a la virgen del Carmen, que se quedaba tres días en cada una de las casas antes de devolverla a la iglesia para continuar la ronda. Para el Corpus Christi el pueblo se adornaba con flores, ramas y pétalos, componiendo una estampa preciosa. Y por santa Águeda era costumbre ir a pedir chorizo y huevos por las casas. También se celebraban las rogativas por la festividad de San Sebastián, y era costumbre que siempre que se oficiaba el bautizo de algún recién nacido su familia arrojara peladillas y monedas para los niños desde una ventana de la vivienda

Para las fiestas, que comenzaban el veintiuno de septiembre y duraban tres días, el consistorio contrataba a un acordeonista, que se alojaba con alguna de las familias, y sin más acompañamiento proporcionaba el baile mañana y tarde. ¡Y también celebrábamos los carnavales! Aunque de estos yo tengo muy mal recuerdo. Entonces salían a la calle los "zamarreros", que eran jóvenes del pueblo ocultos bajo caretas y ataviados con pieles de animales cuya función principal parecía ser la de perseguir y asustar a los pequeños como yo misma. Un año lo consiguieron conmigo a base de bien: contemplé horrorizada cómo uno de estos "zamarreros" pegaba aparentemente a mi madre a la puerta de nuestra casa. Y superando mi propio miedo yo me abalancé sobre él para defenderla. No sabía que era tan sólo una farsa en la que mi madre oficiaba de cómplice, y a mí aquello me traumatizó de mala manera.

Los "zamarreros" componían el imaginario tétrico infantil junto a otra figura inspirada por los pobres vagabundos desharrapados que de vez en cuando llegaban al pueblo pidiendo algo de comer o unas monedas. Para amenazarnos cuando nos desmandábamos, y supongo que sobre todo para evitar que nos alejásemos imprudentemente del pueblo, nuestro padres nos advertían de la existencia del "sacamantecas", un ser malvado que destripaba y convertía en tal sustancia a los niños que se portaban mal. Aunque no los relacionaban directamente, los niños teníamos claro que el sacamantecas era alguno de esos desgraciados seres itinerantes, dignos de toda lástima, que repentinamente aparecían por nuestras casas.

Otras figuras populares e intermitentes en nuestras vidas, pero en este caso de signo muy contrario, eran el afilador, el estañador y los vendedores ambulantes. El primero nos llenaba de ingenua alegría cuando se anunciaba con las breves notas musicales que extraía de una especie de silbato o armónica, para deslumbrarnos luego cuando hacía saltar chispas de las tijeras que las madres le mandaban afilar. El estañador nos parecía un artesano de lo más curioso, con su labor de reparar los desconchones de las cazuelas, y nos juntábamos en torno suyo para contemplar cómo lo hacía

Aunque los que nos provocaban más alborozo a los niños de un pueblo tan perdido y pequeño como el nuestro eran por supuesto los vendedores. A mí siempre me pasaba los mismo: me abalanzaba sobre sus mercancías y enseguida me había gastado las pocas perras de que dispusiera. Pero al minuto encontraba otro objeto que me gustaba más, y luego otro, y entonces trataba desesperadamente de obtenerlos también, regateando o apelando a la generosidad del comerciante.

Otra distracción que teníamos era subirnos a los carros que iban a los campos a recoger la siega. A mí casi me cuesta un disgusto. Porque lo normal era encaramarse por la parte de atrás, pero yo era muy pequeña, no llegaba, y lo hacía apoyándome en los ejes de una rueda. Y en cierta ocasión los bueyes echaron de improviso a andar, caí al suelo, y a punto estuve de ser arrollada por el rústico vehículo. Me vino Dios a ver, porque tuve la fortuna de quedar dentro de un hoyo grande que evitó que las ruedas me pasaran por encima.

La cercanía a la naturaleza era otro de los encantos de Aramendía que marcaron mis primeros años. Teníamos la sierra de Lóquiz a tiro de piedra, pero bastaba dar unos pasos para disfrutar del campo. En verano, muchas tardes llegábamos paseando hasta unas campos de cerezos donde dábamos cuenta de este fruto

hasta hartarnos. Y un poco más lejana estaba la magnífica sierra de Urbasa, a la que subíamos con frecuencia y donde en julio se celebraba el día de Santiago con una comida rústica entre las hayas. Cada familia ocupaba su sitio debajo de un árbol, y se extendían los manteles y se asaba carne. En la Fuente de los Mosquitos poníamos el melón o la sandía a refrescar. Y los mayores nos montaban columpios a los pequeños con una manta y una soga atada a un par de troncos.

Los juegos de esa primera infancia yo los compartía más con los otros niños del pueblo que con mis hermanos, todos ellos mayores que yo. El más cercano a mí en edad era José Antonio, con quien debo decir que mantenía una especie de rivalidad soterrada, porque siempre fue muy inteligente y trabajador mientras yo me consideraba justita de cerebro y tirando claramente a vaga.

Y aunque con todos me llevé bien –al fin y al cabo era yo la única nena de la casa, lo que algún beneficio me otorgaría– tengo muy grabado el recuerdo de mi hermano Juan Cruz llevándome a horcajadas, sobre sus hombros y su cuello, por las calles de Aramendía, calles sin asfaltar, repletas de pedruscos y areniscas. Me sentía muy protegida y querida con ese gesto suyo.

No se me ha borrado el nombre de mis dos mejores amigas de la primera infancia: Nievitas y Rosarito, y que nos juntábamos con un grupo algo superior de niños para jugar a la gallinita ciega, a la comba, a la taba o a policías y ladrones. En los meses fríos mis compañeras y yo nos refugiábamos en cualquiera de la casas y hacíamos vestiditos para las muñecas o jugábamos a las cartas.

A nivel familiar, recuerdo de manera entrañable la casa de mis abuelos maternos, que era bastante grande, con pajar y lagar y entradas diferentes para la vivienda y las cuadras. Estaba casi puerta con puerta con la nuestra, así que hacíamos la vida tanto en una como en la otra. Mi abuelo Francisco solía estar sentado ante el hogar, y cuando yo llegaba, como era la más pequeña —me llamaban "la nena"—, me colocaba entre sus piernas, y a ese refugio corpóreo tan íntimo y cariñoso los dos le llamábamos "la cabañica". Mis hermanos me tenían celos por ello y se mofaban de mí como la niña mimada.

De mi abuela Felicia tengo también el mejor de los recuerdos. Mujer entregada a los demás, muy familiar, siempre con su mandil. Mi hermano Julio la tomaba mucho el pelo pero aun así, o precisamente por ello, era el único que conseguía sacarle una propina de vez en cuando.

También recuerdo el caballo que los abuelos tenían para las faenas del campo, sobre todo por un detalle muy simpático. Por el día siempre le dejaban suelto, fuera de la cuadra, y el buen animal tenía la costumbre de acercarse a la puerta de madera de la casa y llamar con sus patas. Era su inteligente manera de reclamar un trozo de pan o un azucarillo que invariablemente obtenía. Listo el caballo.

La primera vez que bajé a vivir prolongadamente a Estella fue de muy chiquitita –yo no lo recuerdo–, en ocasión de que mi madre tuvo un problema de riñón de mucha consideración por el que tuvieron que hospitalizarla en Pamplona. Allí en Estella ya estaban dos tías mías, Carmen y Alejandra, quienes habían bajado junto al tío Germán, que había sido párroco en Aramendía y ahora era capellán del convento de San Benito y, como tal, disponía de casa propia. Mi abuela se incorporó también al quedarse viuda. Al principio vivimos todos en esa residencia eclesiástica, pero el tío murió y tuvimos lógicamente que desalojarla, y entonces mi

padre recuperó uno de los pisos que tenía alquilados, aunque eso fue mucho más adelante. Antes de aquello, los problemas de salud de mi madre se agudizaron y cronificaron –recuerdo además otro problema muy serio cuando se infectó con la sangre de un cordero enfermo que habían matado en casa para comer—, y se decidió que yo me quedara de manera estable en Estella y me escolarizara en el colegio de monjas que llamaban "de las Anas".

Para mí mis tías, solteras ambas y muy religiosas, de misa diaria (mis padres se limitaban a cumplir con la de los domingos), fueron mis otras madres. Estuvimos queridos y cuidados como en nuestra casa familiar –porque la mayoría de mis hermanos fueron desfilando por Estella uno tras otro, para continuar los estudios, aunque la fija fui yo—, y aunque no conozco qué acuerdos económicos pudiera haber –más allá de que por supuesto les surtíamos con todos los productos de que disponíamos—, sin ellas quizás no hubiera sido posible darnos estudios, y aún me pregunto en qué hubiera acabado convertida yo sin haber gozado de su sostén material y afectivo.

Mi tía Alejandra bordaba para fuera —lo hacía como los ángeles—, y Carmen se encargaba en mayor medida de las tareas domésticas. Yo tenía un poco más de proximidad con ella, sólo un poco, quizás porque era más indulgente conmigo y la principal encargada de leerme cuentos. Solía acompañarla a hacer la compra, y tengo que sonreír recordando la habitual trastada que solía hacerle, y que consistía en que cuando le pedía que me comprara algo en una pastelería por la que pasábamos a diario y ella se negaba, yo me agarraba a un árbol y empezaba a lloriquear y a llamar la atención de los transeúntes. Y la tía, por no llamar la atención y formar escándalo, acababa accediendo a mis caprichos.

Aunque igualmente encantadora para mí, Alejandra era algo más severa, más "madrastra", y se oponía con mayor fuerza a mis antojos. Porque yo me aprovechaba a menudo de su bondad. Siempre que podía les sacaba unos cuartos, cosa que por cierto no me atrevía a hacer cuando mi padre bajaba los jueves a almorzar con nosotras. Ellas a veces me lo hacían notar: "¿Por qué no se lo pides a tu padre, niña?". Yo ponía entonces cara de circunstancias. Era una niña caprichosa y, desde luego, bastante cabezota. Mi tío Germán, el cura, sabía música y tocaba el armonio, y entre los tres trataron a toda costa de que yo aprendiera solfeo. No hubo manera. Y bien que me arrepiento ahora. Igual que de haber rehusado una y otra vez a que la tía Alejandra me enseñara a bordar.

Otra pelotera famosa fue a cuenta de mis cabellos. Mis tías me llevaban siempre muy mona y a ellas les gustaban mucho los rizos, así que me condujeron a la peluquería, de la que salí con la permanente y toda rizosa. Pero tenía una amiga, Mari Paz, a cuya casa acudía mucho, y cuando me presenté con mi nuevo "look", Mari Paz lo criticó acerbamente, y no sólo eso: me lió. Echó mano a unas tijeras y, ni corta ni perezosa, acabó con la obra de la peluquera. Cuando mis tías me vieron volver de esta guisa, a poco no les da un soponcio. Al menos en esta cuestión, me tuvieron que dejar por imposible.

Años más adelante, siendo yo ya mocita, también discutimos por los estudios, Otra amiga mía se había puesto a trabajar tras fallecer su padre y yo me emperré en seguir sus pasos y colgar los libros. Pero me emperré mucho. Mas aquí no hubo concesión alguna. Sobre todo mi tía Alejandra se mantuvo firme y doblegó mi terca y equivocada actitud. Y bien que se lo tengo que agradecer.

No acierto a saber por qué mis dos tías se quedaron solteras. A mí me parecían dos mujeres guapas y muy bien plantadas. En Estella fui feliz. Por supuesto era una población muy consolidada, con mucha vida y mucha presencia de la religión, que daba pie a diferentes celebraciones muy llamativas a los ojos de una niña como yo. Durante el mes de mayo, consagrado a la Virgen, mis tías me llevaban cada mañana a primerísima hora a la basílica de la patrona, la Virgen del Puy, desde la que había una espléndida vista. Cada pueblo de la comarca realizaba además una romería específica hasta allí, con la consiguiente misa pero también con una comida comunal para la que mi madre cocinaba unas espléndidas tortillas de chorizo o de jamón que tenían como cuatro dedos de grosor.

En marzo teníamos las "javieradas", una para las chicas y otra para los chicos, que consistían en ir andando desde Estella hasta el castillo de San Francisco Javier, donde también se celebraba la obligada misa pero se terminaba igualmente comiendo y confraternizando.

En octubre, el Rosario de la Aurora, que me emocionaba profundamente. Cada día de ese mes, a las seis de la mañana, salíamos de una parroquia y caminábamos rezando el rosario, en un ambiente muy espiritual, hasta llegar a determinadas estaciones o paradas donde se cantaba. Era impresionante.

Pero el punto fuerte del año, por supuesto, eran las fiestas locales en honor de San Andrés, que comenzaban el primer sábado de agosto y constaban de un programa de festejos casi agotador pero estupendo, y desde luego mucho más profano. El día comenzaba con el tradicional y famoso encierro; luego tomábamos un caldo para reponer fuerzas tras las escasas horas de sueño, y a partir de aquí se sucedían las actividades en las calles: los gigantes y cabezudos, las charangas, el baile en la era... hasta empalmar con la corrida de la tarde, a la que seguía la suelta de las vaquillas en la plaza, unas para los mozos y una ternera o un novillo menos peligroso para las mozas y los niños. Al llegar la noche, el baile al aire libe en la Plaza de los Fueros, los fuegos artificiales y, por último, la llamada "bajadica del Che", que consistía en que, ya entrada la madrugada, las peñas bajaban cantando y bailando hasta el bar con ese nombre.

También estaba la misa con todo el mundo vestido de rojo y de blanco, a la que seguía la procesión de San Andrés y las "pañoladas", la de los hombres y la de las mujeres, que terminaban con todo quisque quitándose el pañuelo y haciéndolo ondear frente al ayuntamiento.

Todos los vecinos nos mezclábamos en las calles durante las fiestas, y el ambiente era igualmente hospitalario y abierto para todo aquel que quisiera venir de fuera. Especialmente para los niños y los jóvenes, aunque supongo que para el paisanaje en general, eran los mejores días del año.

Como en Aramendía, me desenvolvía dentro de un trío de amigas –aquí con María Puy y Mari Carmen–, y a los chicos los tratábamos sólo de refilón (a los que más nos llamaban la atención los solíamos distinguir por el atuendo: "el del jersey negro" o "el del jersey blanco"). Acostumbrábamos a salir de paseo, casi siempre hasta la estación, degustando en ocasiones algo que nos complacía mucho: una barra de regaliz embutida dentro de un pepinillo. Nos hartábamos de hablar entre nosotras y nunca llegaba el momento de despedirnos ("ahora te acompaño yo a casa", y cuando habíamos llegado: "no, que ahora te acompaño yo"). Los domingos íbamos a ver alguna película y, cuando tuvimos edad, empezamos a acudir a las salas de fiesta. Al principio sólo estaba *El Oasis* y luego abrieron *El Trovador*. Yo con los chicos era diría

que normal. Más bien tímida, pero como creo que lo éramos todas. No tenía ni más ni menos éxito que otras amigas, pero sí una particularidad que me distinguía: ya desde muy joven no albergaba ninguna intención de casarme ni me preocupaba lo más mínimo atrapar a un novio o un marido para formar una familia con el tiempo. Especialita que era una.

En aquellos años nunca tuve un novio como tal. Amigos, sí, por supuesto. Y alguno muy querido. Como Jesús, el hermano de mi queridísima Elvira, de Estella. Fue, creo, en la época en que yo estudiaba magisterio, tendría dieciséis años o así. Jesús estaba trabajando en Madrid, apenas nos veíamos salvo cuando venía al pueblo, pero se ve que se había quedado prendado de mí y me mandaba muchas cartas a través de su hermana quien, risueña y cómplice, me las enseñaba a través del cristal de la ventana antes de entregármelas. Era un chaval alto y guapo, pero yo no quise seguir con aquello. Le dije a Elvira que le anunciara que no quería líos con chicos y que dejara de escribirme. Años después supe que murió prematuramente.

Otro que estuvo aún más coladito por mí fue un tal Javier. Tanto que en una ocasión, ya cuando yo vivía en Barcelona, acudió expresamente a verme. Quiero pensar que guardé las formas, pero lo cierto es que le dije que se podía ahorrar los desplazamientos.

Volviendo al ocio, cuando estaba recluida en casa, una gran fuente de placer era la lectura. Devoraba libros, y recuerdo especialmente los del sacerdote y novelista Martín Vigil.

Como estudiante no se puede decir que fuera brillante, pero fui pasando cursos sin problemas en aquel colegio de Santa Ana, donde cursé también magisterio y en el que me integré muy bien. Aunque era de monjas, estas no se ponían nada pesadas con la religión.

Lo de cursar magisterio no fue nada vocacional. En realidad yo quería, y con fuerza, hacerme enfermera, pero para ello había que salir fuera a estudiar y mi padre se negó. En Estella sí se podía hacer magisterio, así que debió ser una razón de peso. Ahí sí pagué el pato de ser chica, porque algunos de mis hermanos sí emigraron para continuar o iniciar estudios sin que les pusieran cortapisas.

Mi conocimiento del resto del país era muy escaso. La primera vez que salí de Navarra fue en una Semana Santa que las monjas nos llevaron de gira. Estuvimos en Toledo y más largamente en Andalucía, aunque entre la temprana edad y que debíamos estar todas revolucionadas por la experiencia, apenas recuerdo más que la estancia en Sevilla, donde asistimos fascinadas a la procesión de los gitanos y escuchamos cantar una saeta que nos puso la carne de gallina.

Por si lo de ser maestra se me complicaba, o en cualquier caso por tener una alternativa, mientras estudiaba magisterio hice unos cursos de secretariado, que todavía entonces debía de ser la salida profesional más común y aceptada para una mujer. No acabo de entender por qué me metí a ello, cuando el trabajo en oficina (como pronto se verá) me resulta de lo más aburrido y cansino. Seguramente mis padres insistieron, pero desde luego no me lo tomé con gran interés, porque al cabo del primer o el segundo curso lo abandoné.

Por aquel tiempo tuve que encajar la muerte de mi querida abuela Felicia, que tuvo lugar en unas circunstancias bien singulares. Todavía hoy tengo el pálpito de que me estuvo esperando antes de irse al otro mundo. Yo había regresado de Zaragoza de examinarme de la reválida religiosa. Llegué a Estella y enseguida fui a reunirme con ella. Cariñosamente, como siempre, se interesó por cómo me había ido la prueba. Hablamos tan normalmente, aunque ella estaba acatarrada. Pues bien: horas después, esa misma tarde, falleció súbitamente. Al parecer fue por la reacción a una inyección que le habían puesto para el resfriado. La abuela había tenido siempre buena salud y nunca había tomado ni una simple pastilla. Tal vez su organismo respondió de aquella fatal manera a la presencia del antibiótico.

En 1969, a punto de cumplir los veinte años, y después de superar las correspondientes reválidas, terminé Magisterio y obtuve mi flamante título de Maestra de Primera Enseñanza. Tachán, tachán... Había llegado el crucial momento de comenzar a pensar en ejercer y vérmelas con la vida adulta.

No tuve que esperar mucho. Me salió una plaza como interina en Gaínza, un pueblo cerca de Pamplona. Sólo había salido de Estella para aquel viaje escolar que acabo de nombrar, y ahora debía dejar mi casa y mi familia de manera permanente.

¡Cómo no recordar el día que partí! Me desplacé hasta Pamplona y allí cogí el autobús que llevaba hasta Betelu, el último pueblo con comunicación, a unos tres kilómetros de mi destino. Cuál no sería mi sorpresa al encontrarme con que "el comité de recepción" me estaba esperando para llevarme hasta Gaínza ¡a lomos de un burro!

Fue el primer shock, pero sólo el primero.

Porque, como maestra, me llevaron a vivir a la casa de unos señores que sólo se expresaban en euskera. La hija de estos sí hablaba en castellano, menos mal, pero la mayor parte del día andaba atareada con las faenas rústicas, así que, fuera de las horas de clase, yo me encontraba casi todos los días en el cuarto de estar con esa pareja de ancianos, mirándonos las caras y sin casi hablarnos por la diferencia idiomática. Me entraba una tristeza... Porque además no contaba con el consuelo de regresar todos los fines de semana a Estella. De hecho sólo fui tres en los tres meses que estuve en Gaínza.

Y para redondear el sombrío panorama, añadiré que la vivienda no tenía baño, así que para las necesidades había que ir donde las gallinas.

Debutar como profesora también me agobiaba, claro. Me tocó una clase unitaria con alumnos de todas las edades, lo que resultaba una complicación adicional. Me las apañaba más o menos bien con las asignaturas de ciencias (matemáticas, física, química), pero reconozco que era una nulidad con algunas como las de plástica, y en concreto con el dibujo. Por fortuna fue más el susto inicial que lo que ocurrió en realidad. Aquellos niños, o adolescentes en algún caso, no me lo pusieron difícil y superé la prueba. Hay que decir que en aquellos tiempos los chavales apenas decían una palabra más alta que otra en clase. El orden y el respeto a los profesores eran muy superiores a lo que vendría después.

Hablando de superar pruebas, llega el momento de narrar mi gran suceso traumático de aquel período.

Tras aquellos tres meses en Gaínza decidí presentarme a mis primeras oposiciones de magisterio. Tuve que ir para ello a Bilbao. Por supuesto estaba nerviosa, pero ya sentada en el pupitre y con el ejercicio delante –era ya la última prueba– me pareció que la suerte estaba de mi parte. Nos examinaban de un tema que yo había repasado la víspera y que tenía pues fresco y supuestamente bien aprendido. Salí de la sala muy contenta. También mis grandes amigas Mari Carmen y Mari Puy, que concursaban igualmente.

Tanto fue así que, de vuelta a Estella, participamos las tres en la "javierada" para agradecerle al santo su supuesta intercesión en el aprobado que nos prometíamos haber logrado. Llegamos a nuestras casas agotadas y con los pies llenos de ampollas por la dura caminata hasta el castillo de San Francisco Javier. ¿Y con qué nos encontramos? Con que habían llegado las notas. Suspendidas las tres. Todavía hoy creo que muy injustamente, al menos por lo que a mí respecta.

Me quedé tan desolada que mi familia, viéndome de tal guisa, no quiso preguntarme nada.

Me hundí moralmente. Pensaba: "si no lo he conseguido con un examen tan bueno como el que he realizado, nunca lograré aprobar estas oposiciones".

Pero si algo tiene la vida es que nunca sabes de dónde te va a venir la oportunidad. Sin saberlo, la mía estaba a punto de dar un giro trascendental. Tras estudiar para ordenarse sacerdote, mi hermano Juan Cruz había decidido que los hábitos no eran lo suyo y se había marchado a Barcelona. Allí teníamos un tío en los Escolapios de Sarriá que le había conseguido techo y manutención a cambio de hacer de acompañante o monitor en el transporte escolar. Mientras tanto, pudo estudiar y aprobó un peritaje. Y una vez así establecido, hubo ocasión de echarse novia. Y llegó el momento de casarse...

Fuimos toda la familia para allá, y una vez realizado el casorio, y aprovechando que todos los hermanos nos íbamos a quedar unos días en la Ciudad Condal, Juan Cruz me insistió mucho en que me quedara con él y su esposa y tratase de conseguir empleo de lo mío, pues en Barcelona proliferaban las academias privadas. El matrimonio me alojaría mientras tanto. La oferta era muy tentadora y también a mí se me había ocurrido. Así que, antes de que regresaran a Navarra, se la expuse a mis padres. No les hizo excesiva gracia, todo hay que decirlo, y me pusieron una condición expresa: si efectivamente encontraba trabajo antes de que volvieran mis hermanos, bien. Si no, tendría que volver a Estella.

Espoleada por tal ultimátum, decidí echar toda la carne en el asador. Un conocido de la familia ocupaba un alto cargo en Sanidad, y reuniendo todo el empuje del que fui capaz me planté en su despacho. Recuerdo estar ante su imponente mesa y sentirme muy pequeñita, pero el caso es que aquel hombre me dijo: "mañana mismo te presentas a trabajar".

Y así fue. Me incorporé al departamento de personal del hospital Valle de Hebrón, valiéndome de aquellos cursos de secretaria y mecanografía que no había llegado a terminar.

Pero aquello me pareció mortal. Decididamente, el trabajo administrativo no iba conmigo. Miraba el reloj cien veces a lo largo de cada jornada, esperando ansiosamente el momento de salir de allí. Horroroso. No me compensaba la alegría de ser independiente y estar ganando un sueldo decente. Logré aguantar unos seis meses.

Hubo una tentativa de cambiarme a la biblioteca del hospital, pero yo me había seguido moviendo para trabajar de lo mío, y finalmente encontré en efecto una academia. Ahora se me presentaba otro dilema: cómo decirle a aquel hombre, que tan bien se había portado conmigo, que renunciaba a la ocupación que generosamente me había proporcionado. Pero había que pasar ese trago. Por fortuna, se mostró absolutamente razonable y comprensivo.

En la academia entré gracias al aviso de una cuñada de mi cuñada Mari, que trabajaba de cocinera allí y tenía estudiando en el centro a sus dos hijos. Era un negocio bastante pequeño y estaba en el barrio de Horta. Yo llevaba a los niños más chicos, y en lo educativo la experiencia me resultó mucho más sencilla que la de Gaínza. Duró un año, y estuve muy a gusto. Y es que la adaptación a Barcelona marchaba a las mil maravillas, gracias a mi hermano Juan Cruz y a su mujer, Mari, en cuya casa vivía. La madre de Mari -la señora Modesta- y los hermanos -Alicia, Marcial, Rosendo, Agustín- eran tremendamente acogedores y me rodearon de afecto. Con ellos, jóvenes y solteros como yo, empecé a salir a menudo. Uno de los destinos más frecuentes, cómo no, era recorrer Las Ramblas. Recuerdo que me encantaba particularmente un bar que había por allí, La Oveja Negra, un establecimiento bastante grande pero un tanto destartalado, donde los parroquianos disponían de hogazas de pan para cortarlas en rebanadas, tostarlas al fuego y regarlas luego con aceite.

También me impactó, para mi mentalidad seguramente un tanto ingenua de la época, una visita que hicimos a un lugar donde practicaban la quiromancia. Me leyeron la mano y me dijeron primero que provenía de una familia de gente del campo; después, que mi vocación eran los niños, lo que ya me sorprendió mucho más y me hizo creer que aquello podía tener un sentido realmente sobrenatural. Hoy pienso que seguramente algo debí dejar entre-

ver yo para que el quiromántico sacara esas conclusiones, pero aquella tarde salí como sobrecogida.

Con mis cuñados y con otros amigos como una compañera, Mari Carmen, con quien he retomado la amistad tras coincidir recientemente en un crucero, también hacíamos nuestros viajes. Fuimos a Mónaco, que lógicamente me deslumbró. Igual que Niza, donde al bañarnos en la playa me sorprendió una novedad que en España era entonces desconocida: ¡había duchas para quitarse la arena! También recuerdo, porque era en el momento que yo preparaba mi segundo asalto opositor y estaba abrumada y necesitaba dejar los libros y poner tierra de por medio, que nos dejamos caer por Ceuta. Y hasta llegamos a aventurarnos incluso en Marruecos, concretamente en Tánger, que para mí fue todo un shock cultural y de costumbres. Todavía sueño con aquellas moscas omnipresentes y tan desagradables.

Me integré muy bien en la gran ciudad, sí, pero también pagué mi peaje de chica de pueblo. Y es que a lo largo de mi estancia allí me robaron el bolso nada menos que tres veces. Y en una ocasión con una buena cantidad de dinero encima, porque entonces los tutores de cada curso en los colegios nos encargábamos de entregar los libros de textos a los alumnos y cobrárselos, y a mí aquel malhadado día el ladrón me cogió como quien dice con la alforja bien repleta. Fue en un supermercado; de repente se montó una cierta aglomeración en la caja (provocada, por supuesto), noté que me empujaban o zarandeaban... y en la confusión todo aquel dinero cambió de manos. Me llevé un disgusto enorme.

A todo esto, decidí abordar otra de las conquistas de toda mujer moderna que se preciara: sacarme el carnet de conducir. El teórico lo saqué a la primera, pero en el práctico me tumbaron creo que dos veces. Y ya volvía a tener la nube negra sobre mi cabeza. Tras el chasco de las oposiciones en Bilbao me surgía de nuevo la vena más negativa: "Tú no eres capaz de aprobar nada".

Pero lo logré. Y qué alegría, ¡ni que me hubiera tocado la lotería! Después de que el profesor me comunicara la buena nueva, bajaba yo andando por la ladera de Montjuic, donde nos habían examinado, como la mujer más feliz del mundo. Parecerá trivial, pero para mí todo lo que fuera aprobar algo me parecía un triunfo destacable. Y mira por dónde luego no he cogido el volante en toda mi vida (como he tenido a Pepe de chófer siempre...).

Y ya metida en racha, "motorizarme" no iba a ser el único gran éxito de aquel juvenil período. Me presenté a las oposiciones en Barcelona y, lo que son las cosas, habiendo estudiado bastante menos, ¡las aprobé!

Debíamos estar ya en 1971.

Inauguré mi etapa de maestra oficial en la localidad de Moiá, un pueblo barcelonés del interior, no muy lejos de Vic. Al comienzo me hospedé en una fonda, pero luego me facilitaron una casa de maestros, monísima pero sin apenas utensilios y francamente necesitada de alguna reforma. Recuerdo que tuve que llevar el menaje más indispensable yo misma, con la ayuda de mi hermano, y que en una de esas ocasiones, cuando aún estaba instalándome, llegamos un día y nos encontramos con todo —mantas, sábanas y cajas diversas— flotando en medio del salón. Había caído una impresionante tormenta de agua que el techo no había sido capaz de soportar.

De aquella casa tengo otro recuerdo no precisamente agradable: las duchas frías que me daba porque, por no haber, no había ni calentador. Pero en fin, una se acostumbraba a todo y además tenía el alivio de bajar los fines de semana a la casa de mi hermano y de Mari, quienes a su vez me visitaban con alguna frecuencia. Con ellos y con su "panda" celebramos allí en Moiá la tradicional "castañada", en un ambiente muy simpático.

Aunque mi estatus profesional había cambiado, al ser una maestra como quien dice "en rodaje", tenía que solicitar plaza cada año, y ello me condenaba a frecuentes cambios de destino.

Después de Moiá me tocó regresar a Barcelona para dar clase en el colegio Can Clos. Estaba en la falda de Montjuic, en una zona marginal, y eso imprimía carácter. Tengo un recuerdo muy agridulce de dos hermanos que eran gemelos. Uno de ellos era muy sensible, se echaba a llorar a la primera de cambio, y el otro era un matoncillo que además ejercía como chapero en las Ramblas, cosa que sabíamos. Yo me volqué mucho en aquellos chavales, sobre todo con el más buenecito, y todavía hoy me pregunto qué habrá sido de ellos y qué vida habrán seguido de adultos.

Pero una no llegaba a integrarse mucho en ningún centro ni en ningún barrio, porque la itinerancia seguía. Eso sí: para aprovechar la buena racha y rentabilizar el sueldo (y supongo que en la línea de invertir en vivienda que me venía de familia), me compré, con la ayuda económica de mis padres, un piso en la misma Barcelona, en la calle Sepúlveda. Desde luego, esta Loli se estaba haciendo una mujer de provecho.

Tras recalar en el Can Clos tuve que hacer de nuevo las maletas. Esta vez tocaba Mollet del Vallés, otro municipio barcelonés de bastante envergadura (actualmente tiene 52.000 habitantes), en la comarca del Vallés Oriental, también en el interior como Moiá, pero muy cercano a la costa.

Mi primera impresión de aquella localidad donde irían a tener lugar, como enseguida se verá, los acontecimientos concretos más importantes de mi vida, fue desabrida. Me pareció un lugar feo y frío, mucho menos animado, con menos bares y tiendas, que mi querida Estella, si se quiere hacer la comparación con un municipio también densamente poblado. Aunque las guías dan cuenta de toda una serie de monumentos emblemáticos en Mollet, a mí me pareció que tampoco en esto había color. Encontré muchos edificios grises y que me parecían desangelados.

Seguramente influía en negativo el hecho de volver a perder la compañía casi diaria de mi hermano Juan Cruz y su familia política, y la molestia y el cansancio de tener que desplazarme cada día desde Barcelona hasta allí ida y vuelta, aunque al cabo de un año lo evité buscándome una habitación con derecho a cocina en una casa ajena, al ladito del colegio.

Mi primer centro en Mollet fue el Nicolás Longarón, pero luego pasé a lo que más me gustaba: el trato con los más pequeños. Conseguí plaza en el parvulario Oliva, porque, a todo esto, me había especializado en educación infantil a través de la UNED.

Estando pues en el parvulario, y para no cocinar, algunas compañeras y yo empezamos a acudir a comer al cercano colegio Divino Maestro, donde se servía un menú económico. El encargado del comedor, un tal Pepe, era simpático y nos dejaba acceder aunque no perteneciéramos a la plantilla. Compartíamos mesa con los compañeros de ese centro y resultaba agradable. Sobre todo empezó a serlo más por un motivo concreto...

No voy a decir que lo mío con Pepe fuera un flechazo. Me temo que Cupido no jugó ningún papel. O en todo caso, en vez de flechas utilizó alguna pócima de efecto progresivo. De hecho no puedo recordar el primer día en que nos vimos las caras. Lo nuestro se fue conformando con el tiempo, a base de conversaciones y trato.

El primer aldabonazo fue durante unas vacaciones de verano, estando yo en Estella con mis amigas. De pronto le vi aparecer por la calle. Me quedé como viendo visiones y sólo acerté a decirle "¿Pero qué haces tú por aquí?". Estuvimos juntos aquella tarde y luego él se marchó a Zaragoza sin más. Al comenzar el curso siguiente, empezó también a ofrecerse algunas veces para llevarme desde Barcelona a Mollet en su coche. Me decía: "no cojas el tren, que tengo que bajar yo a esto o a aquello y ya te traigo".

Y más tarde, en el comienzo de otras vacaciones, se ofreció a llevarme al pueblo y yo, que ya tenía el carnet de conducir pero no vehículo, no me resistí a aquella galantería. Le presenté en mi casa, claro, y recuerdo que mi padre ya se olió que aquello podía traer cola. "Este Pepe..." recuerdo que malició. Y yo: "Que no, papá, que sólo es un compañero con el que me llevo muy bien".

En mi familia cayó bien desde el principio, tanto entre mis hermanos como entre mis padres, que en las visitas que siguieron le instaron ya a quedarse a dormir en nuestra casa en vez de regresar a Zaragoza a la caída de la noche.

Paralelamente, yo empecé a ir a comer también algunos festivos a su casa. Conocí a su madre, que me trataba genial y además me homenajeaba con unas comidas deliciosas: ¡aquellas alcachofas, aquellas judías verdes, aquel cocido de los domingos!

Como además nos veíamos a diario para almorzar en el comedor donde él ejercía de "jefe", pues cada vez iba habiendo

más confianza y más "feeling". Nos contábamos más cosas y yo le iba descubriendo más y más cualidades: era muy buen compañero con sus colegas del colegio; no era nada prepotente sino todo lo contrario: humilde, servicial y cariñoso. Y que fuera también maestro era una promesa de complicidad y de compartir en el futuro intereses comunes. Así que me sentía cada vez más gusto con aquel chico zaragozano, que evidentemente estaba por mí... y que también me gustaba lo suyo físicamente.

Total que la que suscribe, que ya he referido que desde muy joven era bastante independiente y reacia al matrimonio, me acabé haciendo novia de Pepe casi sin darme cuenta, sin que ninguno de los dos podamos precisar una fecha exacta de comienzo, y sin que mediara aquello tan clásico de "¿quieres salir conmigo?". Tal vez por esta evolución tan tranquila de lo nuestro mis "alarmas ante lo convencional" no saltaron

¿Nuestro primer beso? Lo siento, pero seré muy discreta: sólo revelaré que fue en el piso de Pepe, aprovechando una tarde que su madre había salido por ahí.

Lo que vino después... unas páginas más adelante.

PEPE

Vine al mundo un 19 de febrero de 1943, y entre todos los destinos del ancho mundo a mí me tocó hacerlo en Las Cuerlas, un muy pequeño pueblo zaragozano, entre Daroca y Molina de Aragón, que entonces debía contar con unas ochenta familias, las cuales sumarían unos cuatrocientos habitantes, de los que al parecer sólo quedan hoy sesenta y nueve, según el censo. Se entenderá que no pueda añadir gran cosa de primera mano sobre aquel señalado día; me han contado que hacía un frío de perros, lo que, como veremos enseguida, tampoco tenía nada de particular en esa estación y en aquella tierra.

Mi aterrizaje en la Tierra tenía lugar mientras el mundo seguía pendiente de la guerra mundial que se libraba en varios continentes, y en la que por cierto las tornas acababan de variar. Las tropas de Hitler se habían rendido en Stalingrado un par de semanas atrás, y reculaban también en el norte de África. La portada de "ABC" del día de mi natalicio se ilustraba con unas fotografías sobre el esfuerzo alemán por recomponer el frente ruso y aprovisionar a sus debilitadas tropas allí, mientras las primeras páginas de interior daban cumplida cuenta de un discurso del ministro de propaganda nazi, Goebbels, donde venía a reconocer la gravedad de la situación para los suyos y advertía de que "Europa se encuentra ante la alternativa de la victoria

alemana o la bolchevización", al tiempo que responsabilizaba al judaísmo internacional de la "decadencia y el caos cultural del continente". Serían los judíos precisamente los paganos de esos primeros reveses militares del régimen hitleriano: su genocidio entraba por entonces en la fase de mayor despliegue, y tan sólo unos días después de mi nacimiento se produciría el levantamiento en el gueto de Varsovia, aplastado, como es conocido, a sangre y fuego.

Pero en Las Cuerlas, donde ni siquiera nuestra propia y por entonces aún reciente guerra civil había causado graves estragos, gracias a un alcalde que evitó los excesos y la ola de terror (no hubo ni una sola muerte violenta, a diferencia de lo que ocurrió en municipios muy cercanos), no creo que estos vaivenes bélicos a tantos miles de kilómetros de distancia alteraran mucho la vida del pueblo y sus vecinos, aunque puede que mi padre fuera de los mejor enterados, por lo que enseguida relataré.

Basilio García había nacido en 1910, también en Las Cuerlas. Sus padres, Julián y Eugenia, gozaban al parecer de una posición económica bastante saneada. Creo que habitaban una casa grande y tenían buenas tierras, pero murieron a temprana edad y mi padre se quedó solo con su hermano mayor, Juan. No sé cómo serían exactamente las cosas –creo que partieron el patrimonio y cada uno tiró por su lado–, pero lo cierto es que la relativa riqueza no tardó en desaparecer, y mi padre se convirtió en un humilde labrador.

La familia de mi madre, Isabel Rodrigo, era del vecino pueblo de Torralba de los Sisones, a sólo unos ocho kilómetros de distancia, donde los padres regentaban una tienda y el único bar que había. Aunque por nuestra región no hubo mucho lío, sí se vieron afectados por las tragedias de nuestra guerra civil: a su padre, mi abuelo Rodrigo, le asesinaron, supongo que por los rencores y las envidias que tanto proliferaron en aquellos malditos años, y hasta tengo entendido que padeció una muerte horrenda y que poco menos que le abrieron en canal. No es que en casa se hablara ni mucho menos de aquello, pero algo escabroso debió de haber efectivamente, porque cuando matábamos a los cerdos, mi madre, que llevaba la voz cantante en tal sangriento menester, lo pasaba visiblemente mal.

Como mi padre, también ella se quedó huérfana temprano (tampoco llegué a conocer a mis abuelos maternos), y no sé cómo se llegarían a conocer los dos. Supongo que en las fiestas de una u otra localidad, o por mor del citado bar del pueblo, al que seguramente acudiría mi padre como cliente. Pero desde luego ella debía ser casi una mocita, pues tras el matrimonio, y con sólo diecinueve años, dio a luz al primer hijo de la pareja, mi hermana Josefina.

Para cuando yo llegué, habían nacido otras dos niñas: Delfina, en 1937, y Mari, en 1940, la más cercana a mí en edad. Supongo que el nacimiento del primer y único varón sería muy celebrado. Fui el juguete de mis hermanas, y dicen que ser el último me sirvió para ser el hijo más mimado y para que mi madre bebiera los vientos por mí (mientras mi padre tiraba un tanto hacia la niña chica, Mari).

Nuestra familia era humilde pero no iba mal del todo, considerando la miseria que existía en aquella España de posguerra. Ningún lujo, pero tampoco ninguna necesidad exacerbada. Teníamos tierras, no extensas, pero suficientes para autoabastecernos de lo más básico. Cereal, patatas, fruta... También una viña, aunque

daba un vino muy malo por culpa de la baja temperatura. Y los animales domésticos completaban nuestra dieta: teníamos cerdos, conejos y gallinas, a las que por cierto mi padre tuvo la ocurrencia de poner luz en la cuadra donde las recogíamos por las noches, para que así pusieran más huevos.

Quien se ocupaba de las labores del campo era lógicamente mi padre, pero en verano, para la siega, y dado que no había colegio y no tenían con quién dejarnos, subíamos en un carro la familia entera. Mi madre se empleaba con la hoz, pero mis hermanas y yo aportábamos más bien nada al trabajo colectivo y nos dedicábamos a zascandilear por el campo, mayormente cada uno por su lado, buscando nidos o intentando cazar mariposas. Era muy entretenido. Hasta que la sagrada hora del almuerzo o la merienda nos reunía a todos bajo la sombra que proyectaba el carro. Para el azafrán, que se recogía en octubre, ya sí apencábamos todos, niños y mayores de todo el pueblo, primero sobre el terreno y luego, en casa, alrededor de la mesa, separando los estambres de tan preciada y cotizada flor.

El resto del año mi madre se dedicaba a las labores de la casa y a cuidar de sus cuatro hijos, que bastante tarea debía suponer, porque como no tenía parientes en el pueblo, no había nadie que le echara una mano. En Torralba estaba su hermana Josefina, sí, pero sin un transporte regular, los escasos kilómetros hasta Las Cuerlas eran suficientes para que se vieran sólo de Pascuas a Ramos. De entre todas las tareas del hogar, tal vez la más dura era la de hacer la colada para el marido y toda la parentela. El lavadero del pueblo quedaba a una distancia considerable de casa, pero sobre todo es que estaba al aire libre, y recuerdo a mi madre en invierno picando muchas veces el agua congelada de la superficie, antes de restregar

con ella y con jabón nuestras prendas. Y el paseo de ida y vuelta, con los canastos de la ropa y entre las bajísimas temperaturas, también se las traía.

Suya era igualmente la tarea de preparar la masa para el pan. En el pueblo había sólo un horno para toda la comunidad, y cada vecino tenía que acarrear la leña para alimentar el fuego. Por lo que respecta a nuestra casa, tenía unas dimensiones bastante generosas: cuatro habitaciones arriba (gélidas en los meses fríos), y abajo un comedor y una cocina donde hacíamos la mayor parte de la vida beneficiándonos del calor de los fogones.

Mi progenitora era una mujer buena, muy trabajadora, decidida y con afán de prosperar. Y nada propensa a ponernos la mano encima, aunque cuando se enfadaba siempre amenazaba con un "te voy a esgarrotar" o "si te cojo te esgarroto".

A mi padre Basilio le recuerdo como un señor recto y serio, como casi todos los de entonces, aunque la severidad nunca se tradujo en un palo a destiempo, más allá de algún imprescindible bofetón (que tan bien le vendría hoy a más de un infante). Haciendo memoria sólo recuerdo que me propinara uno en una ocasión en que me perdí a deshoras por el campo. No era de mucho hablar, más bien conciso y concreto, y enseguida aprendimos lo que toleraba y lo que no. Tenía que lidiar con ciertos problemas de salud, una hernia bastante pronunciada. En el pueblo era muy apreciado (nunca hizo mal a nadie), y aun popular, entre otras cosas por su afición a la música, que le había convertido en el líder de la banda que habían formado en los primeros años treinta y con la que amenizaban las fiestas locales. Tocaba el violín, la guitarra y el clarinete, y todos estos instrumentos los había aprendido de oído y sin haber estudiado una nota de solfeo. Posiblemente

fuera esta condición suya de músico aficionado la que hizo que mi madre se fijara en él.

Incluso después de que la banda se disolviera, los mozos del pueblo le iban a buscar a casa—se le conocía como "el tío Basilio"—para formar rondalla y que les enseñara. Se juntaban en el único cuarto que teníamos donde había una cocinilla o una estufa. Aunque la verdad es que yo no recuerdo haberle visto nunca tocando. Puede que en mis tiempos ya hubiera abandonado la afición. Por lo visto le prestó el violín a un paisano que nunca se lo devolvió.

La música no era su única inquietud cultural. Era un simple labrador, pero le gustaba leer y se hacía traer el periódico desde Zaragoza un par de veces por semana, lo que es más de valorar si se considera que entonces muchos no sabían ni siquiera leer. También nos consiguió el que creo que fue el primer aparato de radio que sonó en Las Cuerlas, aunque esto fue cuando comenzaron a comerciar

Porque "el tío Basilio", con una descendencia abrumadoramente femenina y su único varón precisamente el más pequeño de la prole, debió de pensar pronto que lo de prolongar el cultivo de las tierras de la familia no tenía futuro, y a ello se unió la iniciativa de su mujer. Porque nuestra madre no tenía hobby alguno (bastante había con criar a cuatro hijos) pero sí era una comerciante vocacional. Lo que ahora se llama una emprendedora. Le venía de familia, como se ha dicho. Y juntos no tardaron en pasar de las cábalas a la acción.

Así que abrieron una tienda en el pueblo. Debió de ser hacia 1943 o 1944, más o menos cuando me tuvieron a mí. Era un colmado donde se vendía de todo: comestibles, zapatos,

sombreros, clavos, tabaco, telas y hasta matamoscas. Abarcas para los hombres y zapatillas con lazos para las mozas, que las esperaban con ansiedad cada vez que traían una partida nueva ("vamos a ver las zapatillas de la tía Isabel"). El género se compraba a unos señores de Daroca, y lo del aparato de radio derivó por lo visto de que se lo ofrecieron a condición de que lograran vender dos o tres unidades más. Había tal variedad de artículos en nuestra tienda que la gente la llamaba "el Sepu" (porque esta firma tenía un reputado local en Zaragoza).

Ampliando negocio, mis padres acercaban la mercancía –sobre todo las telas– a los pueblos de al lado, a lomos de un carro o tartana muy pinturero, pintado de rojo, tirado por un mulo. Padre apenas participaba en las ventas, pero aportaba el imprescindible respeto. Mientras tanto, las escasas tierras que teníamos fueron arrendadas y aportaban algún ingreso extra. Y desde luego el oficio de comerciantes era mucho más descansado

Según mis hermanas, nuestra tienda funcionó muy bien durante bastantes años, hasta que un conjunto de factores adversos vinieron a dar al traste con la iniciativa emprendedora del matrimonio: primero ocurrió que el pueblo fue despoblándose, como ocurrió con tantos y tantos villorrios, con lo que la clientela disminuyó de forma natural. Además ya la gente se movía más, había más medios de locomoción, y muchos iban a comprar a la capital o a Daroca. Lo que se llama la competencia. Pero además es que, como la mayoría de los tenderos, y en un contexto de apuros generales, mis padres aceptaban vender de fiado (muchos clientes pagaban cuando por fin liquidaban sus cosechas)... y se ve que bastantes vecinos se hacían los locos a la hora de cumplir con las deudas acumuladas.

Si tengo que destacar un recuerdo de mi infancia, éste sería el intenso frío que pasaba. Es ya un tópico decir que ya no nieva como entonces, pero resulta escrupulosamente cierto. En Las Cuerlas, en otoño o invierno, caían nevadas de casi un metro de espesor, y para unos niños mal vestidos, mal calzados, y no demasiado bien alimentados, aquello era un suplicio permanente. No había quien jugara en la calle, y cuando empecé a ir al colegio del pueblo, con seis años, los más espabilados acudían con su propio brasero de fabricación artesanal, pero la mayoría llevábamos una lata de hojalata llena de brasas, y una vez dentro del aula nos calentábamos con ella las manos y contribuíamos al tiempo a que aquello fuera un poco soportable. Recuerdo que antes de entrar agitábamos las latas (que se sostenían con un alambre o una cuerda) en el aire, para que las brasas se avivaran y procuraran más calor, y no eran raros los pequeños accidentes cuando alguna de ellas se nos soltaba y acababa en una pared o en el suelo

En aquella escuela teníamos la costumbre de repasar las lecciones o recitar las tablas de matemáticas en voz alta, lo que derivaba en un pandemónium tremendo por la razón que explico: era una escuela unitaria a la que acudíamos niños de entre mi edad y los 14 años, y sólo había un único maestro, aunque estábamos divididos por los grados educativos que nos correspondieran. Unos nos iniciábamos con las primeras letras y números y otros tenían ya la enciclopedia de Santiago Rodríguez o la de Álvarez; pero cada grupo cantaba a voz en grito su lección correspondiente, y aquello generaba un griterío infernal, porque además parecía que competíamos todos por ser el que más se desgañitara. A pesar de ello, el método funcionaba —es decir, aprendíamos—, y el maestro, don Isaac, que tenía que bregar con semejante treintena de

infantiles mastuerzos, aguantaba el tirón, aunque de vez en cuando soltaba un sopapo bien dado. Por supuesto que todos nos teníamos que saber de memoria el catecismo, pero tampoco diría que nos inculcaran una beatería exagerada.

Como no podía ser menos, en aquella escuela aprendí a leer y escribir, y tengo un buen recuerdo de don Isaac, que creo que puso una sólida base para los estudios posteriores. Y se me perdonará la inmodestia de añadir que yo era el más aventajado alumno de aquel heterogéneo grupo. Siempre me sabía la lección, ayudado por la buena memoria que me ha acompañado casi siempre.

Para el recreo salíamos al exterior de la escuela, donde apenas un par de mulas transitando podían poner en peligro nuestra seguridad vial. Fuera del colegio, en los meses fríos, los chiquillos del pueblo nos reuníamos en las casas o en pajares, pero con el buen tiempo toda la diversión se desarrollaba en la calle y en los campos: jugábamos al marro, a pillar, al gua, al escondite o a las canicas; o íbamos al monte (pocas veces, porque estaba lejos), a las viñas cuando la uva estaba madura, a buscar nidos o a cazar ranas. O a coger hierba para los conejos de casa. ¿Juguetes? Esos lujos no se llevaban en Las Cuerlas. Lo más parecido a eso era lo que cada infante pudiera fabricarse con su ingenio y su habilidad, convirtiendo por ejemplo una simple lata de sardinas en un imaginario automóvil. De la rueda de un carro sacábamos uno de los pasatiempos más preciados -un simple aro-, y haciendo memoria aún podría sentirme afortunado porque yo sí gocé de un tren –un tren cortico- que me regaló mi madrina... y me valió la envidia y el odio eternos del sobrino de ésta.

Tampoco los Reyes Magos tenían mucho predicamento en nuestro pequeño pueblo: nuestros padres nos ponían un par de figuritas de mazapán en la ventana de casa, y ahí se acababa todo. Y no echábamos de menos otra cosa. Creo que con tener comida, vestido y calzado nos dábamos por bien empleados. Qué diferencia con lo de ahora ¿verdad?

Los domingos en Las Cuerlas eran, como en cualquier municipio, un día excepcional. Sobre todo por el obligado descanso de quien se lo pudiera permitir, ya que entonces estaba tácitamente prohibido trabajar en esa jornada excepto en el período entre las festividades de San Pedro y la Virgen de septiembre, cuando llegaba la recolección. Y desde luego por el baile que se organizaba, con guitarras y bandurrias, en una casa o en un recinto cerrado. Junto a ello, la nota distintiva era el acudir religiosamente a misa, luciendo cada cual sus mejores galas, porque entonces ese era el escenario para poner de relieve el confort material de cada familia (años después, ya de maestro, y con la religiosidad bastante devaluada, percibí que las mujeres trasladaron esa "feria de las vanidades" a la ocasión de ir a llevar o recoger a los críos a la escuela). Lo suyo además era llegar los últimos al oficio, para hacerse más de notar. Mi padre se exhibía bastante poco al respecto, por la sencilla razón de que no iba a misa salvo en ocasión de que hubiera muerto algún paisano. Y ello porque para esas luctuosas ocasiones, y aunque hoy parezca mentira, se pasaba lista (creo que era cuando llegaba el féretro a la entrada del cementerio). También se pasaba lista, por cierto, en Semana Santa, al salir de la iglesia o cuando la procesión llegaba al Calvario.

Yo en casa pasaba el menor tiempo posible: era un niño de lo más silvestre a quien le encantaba andar suelto por ahí. En verano mi madre me obligaba a dormir la siesta (cosa que entonces detestaba y hoy, mira tú, me encanta), pero en cuanto ella se daba la vuelta me escapaba y me echaba a la calle, por mucho que fuera hiciera un calor infernal. De lo que más divertía, bajar por la acequia del lavadero e intentar coger todas las ranas que saltaban en ella, lo que no resultaba nada fácil. La acequia llegaba hasta el que era, y es aún seguramente, el principal atractivo natural de toda la comarca: la laguna de Gallocanta, que distaba sólo un par de kilómetros, y que por aquellos años rebosaba de agua y daba cobijo a miles de aves acuáticas en tránsito desde el norte de Europa. Nos encantaba verlas volar, y aún más tratar de derribarlas de una pedrada. Bañarnos en la laguna -hoy en día medio seca o seca del todo la mayor parte del año- era de lo más estimulante que podíamos hacer los niños cuerlinos, y además no suponía ningún peligro porque el agua cubría poco, aunque estaba curiosamente muy salada, lo que motivaba que no hubiera peces.

Creo que si hubiera crecido en una ciudad hubiera sido bastante menos dichoso, aunque supongo que me habría adaptado también. Y en cuanto a travesuras, pienso que de poco se podrían quejar mis padres.

Según mi hermana Delfina, yo era un crío bastante independiente, al que le gustaba jugar con los demás como a cualquiera, pero que no tenía ningún problema para distraerse en soledad. Muy amante de todo lo que ofrecía el campo y la naturaleza. Más bien poco hablador, como nuestro padre. Y tranquilo y pacífico, aunque cuando alguien se metía conmigo, sabía defenderme.

Con ella y con mis otras dos hermanas siempre tuve un buen trato, como es natural, y más siendo yo el benjamín de la casa, aunque apenas las recuerdo como partícipes de mis juegos. Las tres pasaron por la misma escuela que yo, y a Josefina, la mayor, la recuerdo como la ayudante principal de mi madre en todo lo referente a las coladas, amasar el pan, alimentar a los animales, y en general lo que fuera menester, además de cambiarnos los pañales a los pequeños, echarnos un ojo mientras andábamos por ahí... y arrearnos un guantazo si lo merecíamos, que seguro que fue más de una vez.

Con sólo dieciocho años, y teniendo yo unos diez, Josefina se casó con José, un trabajador del pueblo que poco después echó la instancia para ingresar en la Guardia Civil y acabó lográndolo. Obtuvo plaza en Santa Pola y allá que se fueron, aunque la vida nos acabaría reuniendo muchos años después en Zaragoza.

Con esa edad, diez o tal vez ya once años, terminada la primera etapa de escolarización, llegó para mí el momento de salir de la casa familiar donde tan sencilla y confortablemente había vivido. Me matricularon como interno en los Escolapios de Daroca, para iniciar lo que entonces se llamaba el ingreso de bachiller. ¿Por qué yo pude acceder a esa educación de pago y no mis hermanas? Pues no anduve preguntando, pero seguro que mi padre deseaba que fuera algo más que un "destripaterrones", y sin duda mi condición de único hijo varón me benefició, aunque también las buenas maneras que había presentado bajo el mandato del bueno de don Isaac. Quiero decir que no es que fuera una lumbrera, pero desde luego había demostrado que tontico no era. Mis hermanas no protestaron por este trato de favor, y me consta que les pareció lo más natural.

El cambio fue lógicamente muy grande. Daroca era casi Nueva York comparado con Las Cuerlas, y los espacios físicos en aquel centro eran siderales en comparación con la rústica aula de donde yo venía. El mismo día que llegué nos acercamos un compañero y yo a la sala de estudio y aquello nos pareció inmenso. Ni que decir tiene que había muchísimos más alumnos, y que ya no nos mezclábamos los de todas las edades, estando aquí obviamente repartidos en los correspondientes cursos.

No recuerdo sí echaría alguna lágrima al dejar atrás mi pueblo y a mis padres, hermanas y amigos, pero claro que llegué con cierta aprensión. Más explícitamente: acojonado. Un niño solo, un pueblo que era ya casi una ciudad, nuevos profesores, una nueva habitación... ¿Me aceptarían bien o me harían la vida imposible los compañeros más veteranos? Creo que en la vida siempre he tenido bastante capacidad de adaptación, y los temores pronto se demostraron infundados. Novatadas, desde luego, no padecí ninguna. Alguno se metería conmigo y seguro que las primeras semanas lo pasé mal por la morriña y esas cosas, pero me integré razonablemente, aunque no se me ha quedado el nombre de ninguno de mis condiscípulos de entonces. Sí me topé con una imprevista y muy desagradable contrariedad: las comidas. Y lo diré con unas breves palabras: a mí, en cuestión de comer, hay unas pocas cosas que me gustan. El resto, no. Y allí había que engullir lo que te pusieran por una sencilla razón: la alternativa era pasar hambre

La otra dificultad derivó de otro de mis particulares demonios: el frío. Porque en Daroca lo seguía padeciendo en buenas dosis, y como yo era de constitución más bien enclenque me agarré una serie de anginas que me depararon algunos de los momentos de mayor abatimiento.

Por lo demás, la vida allí era la que cabe esperar de un internado de la época: bastante disciplina y muchos rezos, ya que

teníamos que escuchar misa cada mañana. Y desde luego un respeto absoluto hacia los profesores (no como ahora, que no se respeta en las aulas ni al Espíritu Santo).

Nos levantábamos muy temprano, acudíamos al Santo Oficio (por suerte no teníamos que rezar el rosario), y a continuación nos daban el desayuno, que consistía en un tazón de leche con pan, que yo sólo tomaba cuando me vencía la necesidad, porque la leche es algo que no va mucho conmigo. Y luego pues a estudiar todo el día, en las aulas y después en mi habitación, que era pequeñica, con una cama en proporción, una mesa y una silla. El asueto se ceñía mayormente a los festivos, pero tampoco solíamos internarnos mucho por Daroca; más bien nos quedábamos en las cercanías del colegio, paseando por la poco transitada carretera y así. Entonces no tenía afición por la lectura de novelas u otros textos; con todo lo que había que leer para los propios estudios tenía más que suficiente.

¿Se me empezó a despertar algún interés por el sexo opuesto en aquellos años? Cero. Nada que contar. Claro que tampoco es que hubiera mucha ocasión de relacionarse en aquel internado masculino.

De la educación en sí diré que no era mala. De los curas se podrá decir cualquier cosa, pero nunca te van a enseñar algo que sea malo para tu porvenir. ¿Que si se despertó entre aquellos muros mi vocación de maestro? Pues no, en absoluto. Eso vino más tarde, si es que alguna vez he tenido tal vocación, como se verá.

Lo peor de todo venía cuando terminaba el curso, porque no nos examinábamos con los Escolapios sino que debíamos trasladarnos para ello a Teruel. En la vida las he pasado más canutas. Allí nos las teníamos que ver con gente extraña, que ni conocíamos ni conocían nuestro esfuerzo y rendimiento a lo largo del año. Y te lo jugabas todo. Pero siempre salí bien parado. Al fin y al cabo era de los mejores de cada curso.

Durante mi estancia de cuatro años en Daroca sólo acudí a mi pueblo para las vacaciones de verano y los naturales períodos en Navidad y fechas señaladas. Aunque mis padres sí venían a verme cuando era posible o cuando tenían que descolgarse por allí por el motivo que fuera. Y me traían por cierto algo que apreciaba mucho y de lo que en el colegio estaba ayuno: vituallas de la tierra. Chorizo, jamón, café, y otras cosas que sí entran en mi decálogo de la buena mesa, y que suponían a la vez una satisfacción para el espíritu.

Con trece años, y para cursar tercero y cuarto de bachiller, me vi obligado a una nueva emigración. De los escolapios de Daroca pasé a los escolapios de Zaragoza capital, y en el tránsito arrastré conmigo a la capital a mi hermana de en medio, que entonces debía tener diecinueve años. Delfina, que siempre había estado un tanto acomplejada por llevar gafas desde pequeña, tenía una ilusión: convertirse en costurera. En el pueblo vio un día en la prensa un anuncio de un curso de corte y confección por correspondencia, y se apuntó. Mandaba los patrones que le encargaban como ejercicios, y se los devolvían por correo con las correspondientes correcciones. Aprobó el curso y le otorgaron su flamante título. Para entonces ya cosía bastante bien y de todo, para casa y para todo aquel del pueblo que le hiciera un encargo. Y la perspectiva de labrarse la vida en la capital lógicamente le hacía mucha ilusión, aunque hubiera ido igualmente obedeciendo el mandato de mis padres.

Con ella se trajo la máquina de coser que teníamos.

Al principio, pero muy poco tiempo, estuvimos alojados con unos conocidos o unos familiares que regentaban una portería, pero enseguida nuestros padres alquilaron para los dos un piso en el barrio de Torrero, lo que indica que seguían yendo razonablemente bien de fondos, aunque esta fórmula suponía también un ahorro, porque dejé de estar interno. Seguía comiendo en el colegio, pero al término de las clases me iba ya con mi hermana, que lógicamente cocinaba para los dos. Delfina debía cuidarme, claro, pero se trataba también de que empezara ella a buscarse la vida, lo que no tardó en materializarse. A través de unos señores de Daroca que llamábamos "los Ferranes", que no sé si habían sido proveedores o clientes de nuestra tienda del pueblo, Delfina empezó a coser camisas para un taller.

Pasar a vivir en Zaragoza, ya una de las grandes ciudades de España, no puedo decir que me deslumbrara sobremanera. Yo era un crío –creo que lo seguí siendo varios años más–, y además mi vida consistía básicamente en ir de casa a la escuela (porque además entonces había clase también los sábados) y estudiar, para que mis progenitores pudieran pensar que sacaba provecho de lo que me daban. Los domingos sí salía con mi hermana por ahí, al parque o sobre todo al cine, pero no puedo decir que le sacara mucho jugo a la gran ciudad. Tampoco Delfina era de salir mucho, y además debía estar entusiasmada con eso de ganarse la vida, porque cosía como una descosida, valga la contradicción. Mayormente hacíamos vida casera los dos juntos.

Eso fue sólo muy al principio, porque a los tres o cuatro meses se unió a nosotros nuestra hermana Mari. Con el mismo contacto, se puso a trabajar para el mismo taller camisero, aunque en este caso tenía que hacerlo allí y no desde casa. Y el taller, la fábrica o lo que fuera, no estaba precisamente cerca. Incluso cogiendo el transporte público se tardaba lo suyo, pero además Mari se empeñaba en ir andando, y eran cuatro trayectos al día, porque venía a comer. Y luego por las noches ayudaba a Delfina. Así que adelgazó visiblemente y se puso mala, seguramente de puro agotamiento. Cuando mis padres la vieron tan enflaquecida se asustaron y, en vez de llevarla al médico para que le prescribiera reconstituyentes o lo que fuera, le dijeron: "Tú te vuelves al pueblo con nosotros".

Como ya se ha contado, el colmado de mis padres en Las Cuerlas se había convertido en un negocio poco provechoso, y el pueblo en sí cada vez estaba más despoblado, por lo que llegó un momento en que Basilio e Isabel debieron decirse que era hora de probar fortuna en la capital. Así que nos trasladamos todos a esta misma zona a la que volvería yo muchos años después, en plena madurez.

Valdefierro era un barrio netamente obrero, de gente trabajadora, todo de casas bajas como la que alquilamos, que por cierto no estaba nada mal de espacio. La vivienda tenía cuatro o cinco habitaciones y estaba rodeada de una parcela con jardín.

Y resurgió la vena comerciante de mi madre, que se ve que no había escarmentado. En una de las habitaciones instalamos una tienda, esta vez sólo de comestibles. Mi madre atendía el negocio, mis hermanas ayudaban, y mi padre llevaba la voz cantante en lo de comprar las mercancías en el mercado central (yo acompañaba siempre que los estudios me lo permitían). Aunque su ya precaria salud no tardó en impedírselo. La hernia —que seguramente le podían haber operado mucho antes con éxito, pero lo fue dejando— le había restado ya mucha movilidad.

Al principio –y de nuevo me remito a mis hermanas, que tenían más uso de razón– el negocio fue bastante bien. Clientela había en el barrio, y como no nos conocían, nadie se atrevía a pedir fiado. Pero luego, con la confianza y el trato, sí comenzaron a hacerlo, y mis padres se conoce que no fueron capaces de negarse. Así que la gente venía y decía "me lo apunte para mañana", y al día siguiente se repetía la misma cantinela. Aguantaron tres años, pero esta vez ya se conocían el final y, antes de que el asunto les arruinase del todo, cortaron por lo sano. Seguro que muchos desaprensivos aún nos deberán unos buenos duros.

Aquellos fueron momentos delicados para la familia, en los que mi madre sacó lo mejor de sí misma: ánimo y empuje para sortear las dificultades, ya que mi padre andaba, como he dicho, muy baqueteado fisicamente, aunque de mente estaba perfectamente. Aconsejados o espoleados por los mismos "Ferranes", tuvimos arrestos para abrir no una panadería, sino dos. La una estaba en los bajos de un edificio donde alquilamos una vivienda, junto al mercado de la Gran Vía, lo que era un factor muy propicio para las ventas. La llevarían mi madre y mi hermana Mari, aunque también yo me puse detrás del mostrador siempre que pude, en horas perdidas. La otra se abrió en el centro de la ciudad, en la calle Salamanca, próxima a la estación del Portillo, y se le encomendó a mi hermana Delfina. Tengo entendido que ambas funcionaron bastante satisfactoriamente (pedir fiado el pan ya debía ser echarle mucho morro). Si acabaron cerrándose fue porque mis hermanas encontraron otros horizontes vitales más idóneos y productivos. Y es que por entonces se pusieron muy de moda las prendas de cuero y de napa. Se vendían muy bien, y confeccionarlas se pagaba en sintonía. Una clienta de la

panadería de Delfina le comentó que su hija se dedicaba a eso con mucho aprovechamiento, y mi hermana la visitó primero y aprendió después, comenzando a coser en casa, que le traía más cuenta que despachar barras. La panadería del mercado duró bastante más tiempo, pero finalmente mi hermana Mari se decantó también por la misma labor de costura. Mi madre ya se veía mayor para continuar sola, y este segundo establecimiento se acabó clausurando igualmente.

Yo seguía a lo mío, estudiando con mejor o peor fortuna. En los Escolapios de Zaragoza cursé tercero y cuarto de bachillerato, con notas bastante discretas, todo hay que decirlo (el último curso todo aprobados salvo un notable en Historia), tras lo que llegó la hora de enfrentarme a la reválida, en la que no me fue tan bien. Suspendí en junio, aunque aprobé en septiembre.

Llegaba el momento de plantearse un poco más en serio qué iba a ser de mayor. Y tiré por presentarme al ingreso en la escuela de Magisterio, consiguiendo aprobar. ¿Por qué orienté mi vida por ahí? Pues todavía hoy me lo podría preguntar. Porque resultaba más fácil que otras opciones, o porque eran sólo tres años de estudios y podría tardar menos en ponerme a trabajar. Ya he dicho que vocación no fue, aunque tampoco existía otra profesión competidora. No puedo recordar ninguna que me gustara más. Evidentemente convertirme en maestro no fue una pasión, pero a día de hoy tampoco me arrepiento.

Lo cierto es que sacar Magisterio tampoco estaba chupado. Debo reconocer que fui un poco a remolque y que suspendí algunas asignaturas en algunos cursos. Sobre todo las matemáticas, la física y la química (por fortuna, nunca tuve que enseñarlas ya como maestro). Pero mal que bien se fue sacando la cosa.

Por cierto que en aquella escuela de Magisterio coincidí con el hoy célebre periodista y escritor Luis del Val, zaragozano también. No le traté a fondo, pero ya era un joven brillante, que destacaba y además caía bien a todo el mundo. Y se le veía una cierta inclinación hacia el mundo de la comunicación.

Bueno, pues acabé Magisterio y ya era maestro con todas las de la ley. Tenía veinte años y mucha ilusión por ganarme mis primeros garbanzos. No tardé en hacerlo, aunque de otra manera bien diferente, muy breve, y desde luego no muy exitosa que digamos. Un par de amigos o conocidos del barrio me hablaron de sendos empleos. Uno era en una fábrica de plásticos, pero yo elegí el otro, el peor. Se trataba de un taller de fabricación de pequeñas piezas de metal, mayormente decorativas o funcionales: ceniceros, caballitos y así. Yo tenía que limarlas y terminarlas, y además de poco estimulante resultaba bastante trabajoso. Enseguida me salieron ampollas en las manos. Alguna de mis hermanas sostiene que, como yo seguía siendo presuntamente el niño mimado de la casa, al ver dichas ampollas mi madre se echó las manos a la cabeza y decidió que aquello no era para mí. Y debo decir que estuve absolutamente de acuerdo. No sé cómo se me había ocurrido meterme en tales berenjenales. Supongo que por hacer algo y contribuir modestamente a la economía de casa.

Pero a Dios gracias no tardó en salirme otra oportunidad, esta sí relacionada con mi recién adquirida profesión. Debuté en una academia privada en Casetas, un barrio de Zaragoza, a la que acudían chicos de diferentes edades. Por supuesto que llegaría despistado y un poco ansioso, pero muy grave no debió ser aquel inicio porque no recuerdo ningún detalle especial de mi primera "actuación" en una clase, salvo que en aquel centro había alumnos que parecían

más mayores que yo (no mis alumnos, que eran críos no recuerdo si de seis a ocho años, o de ocho a diez). En lo puramente técnico no me sentía inseguro, no tuve problemas. Siempre he dicho que como pupilo aprendí más de lo que luego he tenido que enseñar. De nuevo habrá que agradecérselo al bueno de don Isaac (y por supuesto a mis padres por la educación que me costearon luego).

En Casetas estuve un año entero y diría que me fue bastante bien. Me "desbravé" y me demostré que valía para esto. La experiencia es un grado. No hubo ningún incidente achacable a mi bisoñez, y además estaba ganando mis primeras pesetas, aunque al menos al principio las entregaba religiosamente a mis padres.

Al acabar el curso, en junio exactamente, se convocaron las primeras oposiciones a las que podía optar. Me presenté, claro, y un mes después salieron las notas y me llevé una de las grandes alegrías de mi vida. ¡Había aprobado! Con una nota normal, pero ¡al primer intento! Ya sólo había que esperar a que en septiembre me adjudicaran la que sería mi primera plaza oficial, aunque tuve que esperar a noviembre para ocuparla. Los destinos se adjudicaban según el número que se había sacado en la oposición, y más adelante ya puntuaban los años de experiencia acumulada. Calatayud y Ateca, por ejemplo, eran destinos muy codiciados en la provincia. Y sobre las materias que te tocara impartir, pues dependía de la escuela y el número de cursos y alumnos que hubiera.

Finalmente me correspondió plaza en Velilla de Jiloca, un pueblo zaragozano en la ribera del Jiloca. Muy pequeño, calculo que tendría unos trescientos habitantes, y por supuesto una única escuela, lo que se llamaba una escuela unitaria, con una clase para niños y otra para niñas que atendía una colega. Así que me tocaba enseñar de todo

En realidad el aula de la que tomé posesión era muy semejante a la de Las Cuerlas, con una "pequeña" diferencia: ahora el maestro era yo. También aquí las edades estaban entre los seis y los catorce años, con lo que diría que las enseñanzas que les dábamos eran bastante genéricas y básicas, para poder unificar un poco el nivel de un grupo tan heterogéneo, aunque se hacía lo posible por individualizar. Vamos, que no hacía falta ser un Ramón y Cajal o un Einstein para impartir clase.

También como en Las Cuerlas, el frío seguía siendo un serio inconveniente. Teníamos estufa, pero ahora el problema es que la leña escaseaba y teníamos que hacer expediciones a un monte cercano para abastecernos. Además de calentarnos, con la estufa preparábamos la leche, que venía en polvo, que se les daba a los muchachos. Aquellos chavales de Velilla de Jiloca tenían que vérselas con un maestro todavía "en rodaje" como era yo, pero como pude y Dios me dio a entender me organicé para impartir lo que se esperaba de mí lo mejor posible, a pesar de tal diferencia de edades entre el alumnado. Eran críos como cualesquiera otros. Ni más tontos ni más listos que los de otras partes de España, por mucho que fuera un pueblo pequeño y seguramente atrasado donde no había más aparato de televisión que el del único bar. Desde luego, y eso es muy de agradecer, eran obedientes y respetaban al profesor. Y se respetaban entre ellos.

Yo me alojé en una pensión, o más exactamente de huésped con una familia, y me relacionaba con la gente más joven. Era un pueblo de vega, con muchos árboles, y resultaba muy agradable dar un paseo por los contornos, aunque lo fijo de todas las tardes era echar una partida de cartas en el bar. Los días de fiesta marchábamos al bullicioso Calatayud, o más habitualmente al pueblo

de al lado, Maluenda, donde se organizaba baile. Aunque no es precisamente mi especialidad, hacía lo que podía por mover el esqueleto. Otros fines de semana cogía el tren y venía a Zaragoza a ver a la familia.

Debo apuntar –más porque así me lo sugiere algún allegado que porque tenga yo un recuerdo especial— que en Velilla estuve saliendo con una chica. Vecina de donde yo me hospedaba y ciertamente bastante atractiva. Y sí, puede que ella llegara a estar bastante colada por mí. Pero tanto como decir –como mantiene mi hermana Delfina—, que fuimos en serio y que fue lo que se dice una novia, pues la verdad es que no.

En mi cuestionable e hipotético atractivo en aquel tiempo para las mujeres, y más específicamente entre las de un pequeño pueblo como aquel, en todo caso supongo que influiría el que, como maestro, pudiera considerárseme una de las "fuerzas vivas" de la localidad, junto al médico, el alcalde y las otras escasas autoridades. Seguramente era de hecho así, pero vamos, yo nunca me he considerado un señor importante.

Desde luego no lo era por los ingresos. Recuerdo que el sueldo oficial para un maestro eran en aquellos años 16.620 pesetas anuales, más otras 2.000 mensuales que nos daban como gratificación. Ya no era lo de "pasas más hambre que un maestro de escuela", pero obviamente no era un gran sueldo. Debo decir que fue el presidente Adolfo Suárez quien dignificó bastante nuestra retribución, tantos años después.

En Velilla de Jiloca pasé un curso completo y para el siguiente pude promocionar de manera muy notable. Así a lo tonto ya había dos promociones de maestros por detrás de mí y podía elegir destino dentro de lo que cabe, así que marché a Calatayud, a una escuela graduada. Me correspondió un tercer curso, esta vez ya con niños todos de la misma edad, y con la agradable posibilidad de conocer y compartir experiencias con otros colegas, pues ya no era el único profesor del centro.

Al principio me alojé en un hostal, pero a los tres o cuatro meses me cambié a una casa particular.

Calatayud era y sigue siendo una de las más importantes poblaciones de la provincia, pero más allá de lo concerniente a mi profesión mi vida privada no cambió demasiado. Los días de asueto siguieron siendo muy parecidos a los del curso anterior: partida de cartas, alguna sesión de cine, acudir al baile, y por supuesto ir a tomar unos tragos, con la consecuencia a veces de volver un poco perjudicado, que para eso era joven. La práctica del deporte nunca ha estado entre mis preferencias. Como bailarín soy malo, pero como deportista soy peor.

Sí hay algo que se me daba bastante bien y que posiblemente haya sido lo más parecido a una afición mía: trabajar la madera. Aunque se me despertó varios años después, y por absoluto azar, cuando en un curso me tocó encargarme de la asignatura de Manualidades. Dicen que lo hago bastante bien. Admito que he hecho algunas cosas majas.

Aquel curso en Calatayud no lo pude terminar por una "cuestión patriótica". Y es que en el mes de mayo –estamos ya en 1965 y yo tengo veintidós años–, me tocó, como a cualquier hijo de vecino, hacer el servicio militar. ¿Cómo me lo tomé? Pues como cualquiera: mal. Pero al menos tuve la suerte de que en el sorteo me tocó Zaragoza. Primero vinieron los tres meses de instrucción

en el C.I.R. número 10, allá por la carretera de Huesca, un secarral infame donde no había mucho más que hacer que atorrarse bebiendo vino por las tardes en la cantina, con los compañeros, después de las marchas y toda la pesca.

Tras jurar bandera, en septiembre, me tocó incorporarme al cuartel de los Leones, pero enseguida acabé en Capitanía General, donde no debieron ver mejor desempeño para un maestro como yo que el de archivero, guardando y rescatando cuando lo pedían todos los oficios, legajos, cartas y demás de la administración castrense. Pero con una gran ventaja: dormir en casa.

Por supuesto que me hubiera ahorrado de buena ganas aquellos quince meses y un día -como una pequeña condena- que serví en el ejército, pero no tuve mayores problemas con los militares y la relación con los compañeros fue buena. Y aun ayude a muchos, porque me pusieron a dar clases a los que tenían menos instrucción. Porque entonces no era tan raro encontrar a gente analfabeta. Lo malo es que ahora sigue habiendo muchos analfabetos en la práctica que sí han completado todos los ciclos escolares. Pero a lo que iba: les ponía dictados, les ayudaba a leer y a conocer las cuatro reglas. Por cierto que no faltaba algún listo que se hacía el tonto para poder ir a las clases y librarse de la otra instrucción, la militar. También daba clases particulares al hijo de un comandante, pero sin que eso me supusiera un trato de privilegio, porque aunque de la instrucción sí estábamos dispensados en Capitanía, guardias tuve que hacer todas las que me correspondieran. Y algunos tiros pegué, aunque pocos, porque racionaban bastante las balas.

Creo que eso de procurar un poco de enseñanza a los más incultos era una buena cosa que se hacía en el servicio militar, que

además representaba para muchos la oportunidad de escapar durante un año de la dureza del trabajo del campo e incluso encontrar un trabajo mejor en el lugar donde les tocara, una vez licenciados. Porque para algunos era la primera oportunidad que tenían de salir de sus pueblos. Y hasta habría para quien fuera la única. Así que no voy a despotricar contra aquel período de mi vida. Ni me pegaron nunca un guantazo —aunque mala leche había una poca—, ni tuve que pisar jamás el calabozo. E hice algunas buenas amistades, aunque el tiempo me ha borrado sus nombres. Pero vamos, lo mejor de todo fue que acabó pasando.

Durante el servicio me había vuelto a tocar incorporarme como maestro a Casetas, pero cuando me licencié por fin en septiembre ya contaba con la veteranía necesaria para ocupar plaza en Zaragoza capital. Me destinaron al Julio Cejador, donde debía encargarme de los más pequeños, creo que de entre seis y diez años. Debo decir que es el grupo de edad que siempre me ha gustado más manejar, y digo manejar porque es verdad que a veces los pequeños también se las traen. Al respecto, aunque esto fue ya en otro colegio posterior, había un crío con bastante mala leche que tenía acogotada a una profesora (Carmen). En cuanto se le llevaba la contraria, el muy demonio amenazaba con tirarse por la ventana. El caso es que terminó recalando en mi clase. Y el primer día abrí la ventana y le dije: "Si te vas a tirar, tírate ya, que a mí no me vas a estar mareando como a la otra". No se le volvió a oír.

El Julio Cejador era un colegio de cuatro aulas, dos de niños y dos de niñas, a cargo pues de cuatro enseñantes. Estos eran bastante más mayores que yo, pero buenas personas. Así que me fue bastante bien.

Por aquel tiempo, exactamente el 24 de octubre de 1969, tuvimos que encajar mi familia y yo la pérdida de nuestro querido padre. Basilio García murió de una mala gripe que hubo ese año, aunque estaba ya muy debilitado desde la embolia que le había dado tiempo atrás y le había dejado medio cuerpo paralizado. Tenía sesenta y cuatro años. Yo creo que fue feliz en vida, con sus momentos malos (perder a sus padres tan joven) y sus momentos buenos.

Yo me quedaba huérfano de padre con veintiséis años.

Como se está viendo, lo de cambiar de centro educativo era más que frecuente, y después del anterior me destinaron a otro colegio de Zaragoza, el Ana Mayayo. Fue una experiencia nueva, porque era un colegio grande, con muchas aulas, pero sobre todo a estrenar, con lo que tuvimos que ponerlo en funcionamiento nosotros. Así que los primeros tiempos fueron muy ajetreados para lograr implementar todo: comedor, mesas, sillas, armarios, libros y todo lo demás. El cuerpo docente éramos todos jóvenes, excepto el director, con lo que sobraba ilusión e iniciativa. Creo que en general los profesores somos gente que congenia bien, aunque en fin, siempre se te puede atravesar algún compañero.

Estando en el Ana Mayayo tuve que participar de nuevo en el concurso de traslados. Pedí Zaragoza, pero no me lo dieron, y como segunda opción había designado Cataluña. La cosa derivaría en el mayor cambio que iba a experimentar mi vida hasta entonces. Tendría mi primera plaza definitiva y no interina como maestro, pero sería en Mollet del Vallés, a unos veinte kilómetros de Barcelona

Estamos en 1970. Llegué a primeros de septiembre, cuando comenzaba el curso, junto a cuatro compañeros más o menos de la misma edad pero de distinta procedencia geográfica. Daniel, que era de Ávila; Juan, que venía de Zamora, y Armando, el canario. Por supuesto que en aquel año, aún con Franco, no se exigía en absoluto el catalán para dar clase, y la mayoría de los compañeros éramos de otras regiones. Los catalanes ganaban bastante más dinero con cualquier cosa que haciéndose "mestres", como decían ellos. Eran otros tiempos, la economía marchaba bien, y muchos alumnos salían de la escuela y encontraban trabajo de inmediato en cualquier sitio... ganando por cierto más perras que nosotros.

Nuestro colegio era el Divino Maestro, bastante grande, con dos o tres aulas por cada curso, y los recién llegados nos encontramos con una circunstancia singular: el director no se si se había jubilado o iba a hacerlo, con lo que su sillón estaba digamos "en juego". Y había allí dos matrimonios de profesores que constituían sendas camarillas. Se llevaban a matar entre ellos, pero lo tenían todo dispuesto para repartirse el chiringuito. Pero enfrente estaban los profesores digamos "neutrales", que ni participaban del previsto reparto del poder de los dos clanes citados ni estaban dispuestos a aceptarlo sin más, y ello nos colocó a los cuatro nuevos en una situación interesante, pues podíamos constituir una especie de "tercera vía". Porque se elegía al director por votación, y nuestros votos podían decantar una mayoría. Total, que en aquel curioso juego de alianzas e intereses los últimos fuimos los primeros. Se votó y, con el apoyo del sector "disidente" o neutral, Juan resultó elegido director, Armando salió secretario, y a mí me tocó ser el encargado del comedor (además de dar las clases correspondientes, claro).

Ni que decir tiene que los perdedores se quedaron bastante mosqueados y en adelante nos hicieron la puñeta todo lo que pudieron a la nueva dirección, con los consiguientes problemas.

Estuve en el Divino Maestro no sé si nueve o diez años, y fue desde luego una buena época. Ganábamos bastante dinero. Teníamos nuestro sueldo, al que se añadían lo que se llamaba "permanencias" y el plus del traslado, y además el ayuntamiento nos daba unas perras más y nos ponía casa gratis. Había dos bloques: uno para los maestros viejos y otro para los nuevos (donde fuimos a parar la cuadrilla, cada uno con su propia vivienda, lo que no estaba nada mal). Entre unas cosas y otras, ingresaba aproximadamente el doble que en mis destinos anteriores. Me compré mi primer coche, un "124". Ya estaba motorizado y podía ir a cualquier lado.

Eso sí, Mollet del Vallés me pareció un asco, por decirlo mal y pronto. En cualquier lugar de España la vida comenzaba a las siete de la tarde, que era la hora en que todo ser humano abandonaba el trabajo y salía a tomar unos vinos o lo que fuera. Pero en aquella localidad, tan industrial, poco después de dicha hora no había un alma sobre el asfalto. Nadie en los bares. Y eso que habíamos llegado en septiembre, con buen tiempo y lo a gusto que se estaba en la calle. ¿Pero esto qué es? nos decíamos, sorprendidos. Se ve que los lugareños estaban centrados en el trabajo y a diario no estaban dispuestos a excederse ni a trasnochar lo más mínimo. Los catalanes son diferentes, tienen otra manera de ver las cosas.

Nosotros los fines de semana nos bajábamos a la cercana Barcelona. Daniel, el abulense, tenía allí unos amigos, y enseguida congeniamos y nos hicieron de cicerones. ¡Nos íbamos a quedar

nosotros sin tomar unos buenos vinos! Frecuentábamos para ello lo que se conocía entonces como "el barrio húmedo".

La capital catalana no estaba mal, desde luego, pero era y es demasiado grande para mí. Cuando tenías que bajar a cualquier cosa administrativa, se te iba un montón de tiempo sólo en desplazarte de un lugar a otro.

En lo referente a mi profesión, la diferencia fue también enorme. Si en Zaragoza había tenido veinte o treinta críos, en Mollet me las veía con sesenta. Estaban amontonados en el aula. Me tocó el primer curso, niños de seis años. ¿Más espabilados que mis paisanos maños? No, no encontré ninguna diferencia por mucho que fuera la supuestamente moderna y culta Cataluña. En unos sitios habrá más medios que en otros, pero los críos son iguales en todas partes. Aunque no venga a cuento, añadiré que considero que en una clase no más de un tercio de los alumnos tiene auténtica aptitud para ir a la universidad.

Adaptarme a la nueva región y a sus habitantes no me costó en absoluto, más que nada porque tampoco les tratábamos mucho (que no quiero decir que hubiese sido un problema, no tengo nada contra los catalanes). Es sólo que teníamos nuestro propio círculo de compañeros y amigos, todos llegados de otras regiones. Al cabo de unos dos años se incorporó también Fermín, que era de Soria y tenía dos hijos y una mujer, Fina, que también era maestra. Hicimos una magnífica amistad que aún conservamos, porque acabaron en Zaragoza.

En lo estrictamente laboral, las discrepancias entre los dos bandos enfrentados se fueron atenuando para el bien del centro, que funcionaba eficazmente y se había ganado buena fama, aunque teníamos la fuerte competencia de la enseñanza privada. Y como sitio tenía de sobra en la vivienda que me habían concedido, al poco tiempo mi madre, viuda reciente como acabo de referir, empezó a visitarme y a pasar temporadas conmigo. También ella se adaptó muy bien; hizo mucha amistad con unas coetáneas de Teruel. Y yo empecé a alimentarme mucho mejor con las buenas comidas que me hacía.

Como las vacaciones de un maestro son largas, un verano un amigo me ofreció ir a trabajar durante julio y agosto a un hotel de Palma de Mallorca, y como la tarea no parecía precisamente pesada, el sueldo no era malo al ser un empleo de temporada, y conocer algo nuevo a nadie le disgusta, pues allá que me planté. Hacía uno de los turnos en la recepción. Ya entonces acudían a Palma muchos turistas extranjeros, pero no tuve mayor problema con los idiomas. Al final con los gestos uno se acaba entendiendo. La ocupación dejaba tiempo para bajar más de una vez a la playa (que no es algo que me encante precisamente), visitar algunos de los lugares más turísticos y exóticos de la isla, e ir de discotecas más de una noche, con los amigos de ocasión que hice. Eso sí, no pude culminar el ideal erótico de tantos en aquellos años: ligar con una sueca o una francesa. Lo intenté, pero debo reconocer que no hubo suerte.

Pero por aquellos años mi relación con el sexo opuesto empezó a adquirir contornos muchos más sólidos. Por un amigo conocí a una chica, Cecilia (como la canción de Simon & Garfunkel tan popular entonces), y empezamos a salir. Era charnega como yo mismo, aunque ella sí manejaba el catalán. Vivía en La Garriga, cerca de Mollet, y trabajaba en Correos. Íbamos en serio, conocí a sus padres y toda la pesca, y concebimos planes de boda

concretos. Nos veíamos casi todos los días. Pero hete aquí que apareció en escena otra joven, Meritxel, que trabajaba conmigo en el colegio, como quien dice hombro con hombro, y además vivía también en el bloque de los maestros. Como yo, estaba prometida o al menos tenía novio, pero nos enamoriscamos. Tanto que, al cabo de un tiempo, rompí con Cecilia, que no creo que estuviera al tanto de esa otra relación paralela. Fue un mal trago, claro, y no se lo tomó muy bien. Habíamos sido novios durante dos o tres años.

Lo de Meritxell no era tampoco ninguna frivolidad y creo que duró un curso escolar más o menos, pero nuestra relación se fue enfriando paulatinamente, poco a poco y luego mucho más cuando ella se marchó a su tierra, un pueblo de Lérida. Creo que la cosa se disolvió sin que hubiera una ruptura formal, y tengo entendido que ella acabó volviendo con su anterior novio. Así que al final me quedé sin la una y sin la otra. ¿Decepción? Pues claro que la habría en aquel momento, pero es la vida y así son las cosas. Y no tardaría en sanarme la herida de la mejor manera posible.

En el Divino Maestro, como he apuntado, yo era el encargado del comedor. No cobraba por ello ningún extra, pero mira por dónde aquel desempeño sería decisivo en mi vida.

Empezaron a venir a disfrutar de nuestros menús –que costaban treinta pesetas– unas maestras de un parvulario cercano, y con el tiempo una de ellas, una navarra llamada Loli, comenzó a hacerme tilín.

El cortejo fue progresivo y nada espectacular, lo confieso. Por suerte no parecía haber competidores de peso. Uno de esos veranos me lié la manta a la cabeza y con dos compañeros a los que impliqué, tal vez por disimular y no evidenciar tanto mi intención, nos fuimos en mi coche hasta Estella, donde sabía que estaba ella. Y efectivamente hubo encuentro. Tiempo después –sería el año siguiente porque también era en las vacaciones de verano– repetí la jugada, esta vez ya con aviso previo y teniendo ocasión de conocer a su familia.

Aquella moza no se me podía escapar.



El abuelo Basilio, y con la banda de música de Las Cuerlas (en el centro, con violín).





Libro de escolaridad de Pepe. Hacia 1955.



Libro de escolaridad de Loli. 1959.



Loli con dos años.



Loli (abajo a la dcha.) con Maria del Puy, Conchita y Mari Carmen, hacia 1959.



Primeras Comuniones. Pepe es el cuarto por la izquierda, abajo.





Pepe en la mili (a la izda. arriba) y en foto para el DNI.





Loli con sus compañeras de Magisterio.



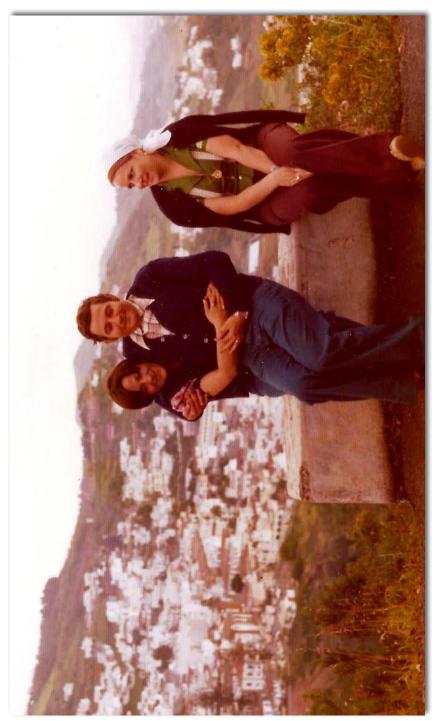
Pepe con alumnos en Mollet.



En la boda, con la familia de Loli.



En la boda, con la familia de Pepe.



En Canarias, durante nuestra Luna de Miel, con la mujer de nuestro amigo Armando.





Álvaro recién nacido... y creciendo.





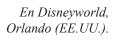


Álvaro en las fiestas de Estella, con la abuela Isabel, y con el primor Aitor.



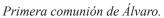


En Petra (Jordania) con Juan Cruz y Mary.











En la confirmación. Álvaro "a su manera".





Loli con alumnas del C.P. Monsalud.



Pepe celebrando la jubilación con compañeros.



Nuestra querida perrita, "Mara".



Álvaro, trabajando en Dubai.

LOLI Y PEPE

Los años del noviazgo —debieron ser dos o quizás tres— transcurren gratamente para la nueva pareja. Forman pandilla con una serie de amigos, casi todos profesores y prácticamente todos charnegos: Fermín, Julián, Mari Carmen, Daniel "el Mochuelo", Ceri, Felipe, o el prematuramente desaparecido Marcelino, que es quien lleva más tiempo en Barcelona y asume la voz cantante cuando salen a tomar cubatas en el *Siboney* o se internan por los bares de tapas del "barrio húmedo". Por San Juan siempre bajan a las celebraciones en la playa. Loli conserva además otro grupo de amistades: las que surgieron a través de su hermano Juan Cruz y su cuñada Mari.

La pareja gana un buen dinerito, y con el coche de Pepe, un "124", puede ir a todos lados. Una de las excursiones con los amigos la dedican a algo que está haciendo furor entre los españolitos de la época: acercarse a uno de los pueblos franceses fronterizos donde proyectan la famosa película "El Último tango en París". Loli tiene un recuerdo nebuloso del polémico filme: durante el trayecto hasta Perpiñán han ido parando en varios lugares para echar un trago y al llegar a la sala está un tanto "perjudicada". Y además la trama no le hará ninguna gracia.

Son tiempos de gran efervescencia política. Muchos ciudadanos se echan a la calle reivindicando libertades y democracia, y

aunque Loli y Pepe comparten esas aspiraciones (este último llegará a involucrarse años después con un partido), la política nunca llegará a movilizarles.

Desde luego no se sienten, como otros, sojuzgados ni oprimidos por el sistema en modo alguno. Con sus buenos sueldos se pueden permitir disfrutar de la vida. Loli dispone de piso propio en Barcelona, aunque resulta cansado subir y bajar todos los días desde Mollet y finalmente se busca una habitación con derecho a cocina allí. Todos los domingos va a comer con Pepe a su casa y disfruta de las excepcionales dotes culinarias de la madre.

Son años muy buenos, de trabajo y también de diversión. Y en 1976 deciden dar el paso habitual en las parejas que han consolidado un proyecto sólido de futuro.

Con veintiséis años, ella, y treinta y tres él, el uno de mayo de 1976, sábado, Loli y pepe contraen matrimonio, en el contexto de una España convulsa y todavía sujeta al anterior régimen, atrapada entre quienes se niegan a cualquier cambio y los que propugnan una ruptura. Ese mismo día de la boda se ha disuelto el Consejo Nacional del Movimiento, y quedan apenas dos meses para que el anterior responsable de este organismo, Adolfo Suárez, sea nombrado presidente del Gobierno.

Las nupcias se celebran en un marco muy querido y seleccionado personalmente por Loli: el aislado monasterio románico de Irache, a los pies de Montejurra, lugar donde anualmente se reúnen los carlistas navarros. Y aquí surge la anécdota. Habitualmente dicha confraternización tradicionalista se celebra precisamente el primero de mayo, pero la coincidencia con la fiesta del trabajo obliga aquel año a posponer el encuentro, pues se prevén grandes manifestaciones y potenciales problemas de orden público. Cuando finalmente se celebra, el nueve de mayo, la reunión carlista salta a la primera página de todos los medios: el enfrentamiento entre las dos facciones del movimiento se va a saldar con dos muertos y cinco heridos. Menos mal que hubo cambio de fecha.

A Loli le sale la vena contestataria para la ocasión. No quiere una boda típica: no se casa de blanco, y el ágape no se celebra en un restaurante convencional sino en el comedor del antiguo convento. Y nada de valses o de las melodías típicas de un casorio. La música la ponen los gaiteros de Estella con sus tradicionales jotas.

Los padrinos son el padre de Loli y la madre de Pepe, y además de las dos familias al completo, acuden los más queridos compañeros de Mollet y varias de las amigas de infancia y juventud de Loli.

La fiesta se prolonga de manera también sui-géneris: tras el banquete, novios e invitados se van de vinos por Estella. La primera noche del flamante matrimonio transcurre en el elegante hotel de los Tres Reyes de Pamplona.

Los días inmediatos acuden a ver en Sangüesa a la tía Dolores, que como monja de clausura no ha podido asistir a la boda, y a continuación visitan Monte Perdido y se alojan, deslumbrados por las instalaciones, en su parador nacional.

Pero el plato fuerte de la luna de miel es el viaje a Canarias: pasan una semana en Tenerife y otra en Gran Canaria, con una excursión a Lanzarote. Allí les hace de cicerone el antiguo compañero de Pepe en el Divino Maestro, Armando, quien ha

decidido volver a su tierra a ejercer. Al aterrizar, Canarias les sorprende negativamente por la aridez del terreno, pero luego les deslumbrará por sus múltiples encantos naturales y la majestuosidad del Teide.

El matrimonio se instala en la casa de maestro que Pepe lleva tiempo habitando, a menudo junto a su madre, quien discretamente regresa a Zaragoza para que los recién casados gocen de plena intimidad. Como buena ama de casa, Loli provee de nuevos muebles y dota de confort a una vivienda donde hasta entonces sólo se disponía de lo más imprescindible.

El futuro se presenta óptimo: el empleo de ambos está asegurado y existe pues una sólida base material. No hay un plan preconcebido para incrementar la familia, pero desde luego dicho plan sí incluye niños. Y no tardarán en venir...

El veintiuno de marzo de 1977, poco más de diez meses después de la boda, hace su aparición Álvaro. Durante el embarazo no se han presentado ninguna de esas molestias tan comunes; no ha habido ni siquiera náuseas, aunque sí una leve pero repetida complicación: el feto se obstina en desplazarse y alterar la posición correcta para el parto.

Por la mañana —es primavera y ha hecho muy buen día— han estado paseando por el monte en Barcelona con Juan Cruz y la familia de la cuñada. Regresan a Mollet, y a última hora del día el bebé avisa que está preparado para salir. Parten a toda prisa hacia el hospital, Pepe blandiendo —como se hacía entonces— un pañuelo por la ventanilla del coche para poderse saltar los semáforos y que los otros automovilistas le faciliten el paso. Pero las prisas se muestran casi contraproducentes. Llegan a la maternidad

una media hora antes de la medianoche. Si ingresan ya, les contará esa jornada entera, de las tres que el seguro les cubre. Consultan entre sí. Loli asegura poder esperar aún. Atribulados como padres primerizos que son, se ponen a pasear por la acera, haciendo tiempo, mientras las contracciones se suceden. Hoy se ríen con el recuerdo de ese episodio, pero Loli pasa unos minutos fastidiados.

Ingresan por fin –el calendario señala ya el lunes–, y el asunto no comienza del todo bien: la parturienta tiene muchos dolores y vomita. Pepe espera con ansiedad, pero entre contracción y contracción halla ocasión para dar cuenta de un bocadillo de jamón que, previsor, ha traído de casa. Y eso aunque luego exclamará "uf, qué mal lo he pasado".

El parto se culmina felizmente aunque no de la manera que la madre hubiera querido. Entre los dolores y la complicación previa con la postura del bebé, el médico ha recomendado administrarla anestesia. Apenas diez minutos después el nuevo habitante de planeta se presenta en sociedad. La sedada Loli se ha perdido el entrañable momento de ver aparecer su cabecita y escuchar sus primeros lloros. El padre aguarda fuera con el alma en un puño.

¡Ha sido niño! No lo han sabido con antelación y no tenían predilección por un sexo. Lo primero es escrutarle de arriba a abajo, junto a las comadronas y los médicos, y comprobar que es un bebé saludable que tiene todo lo que tiene que tener, porque durante el embarazo, y como cualquier madre, Loli se ha obsesionado con un posible problema y le parece no haber visto nunca tantos niños con alguna deficiencia física o psíquica que en esos nueve meses.

Pero no hay de qué preocuparse. José Álvaro –se llamará como el padre–, no sólo está perfectamente sano sino que es un niño precioso y rollizo. Un auténtico muñeco. Ha pesado tres kilos y doscientos gramos.

La única contrariedad es que la madre tiene poca leche. Lo intenta los primeros días pero el alimento materno no resulta suficiente y hay que desistir. Porque el bebé es tragoncete y al biberón se agarra que da gusto. Para Loli es una decepción no poderle dar el pecho, que además de nutritivo tiene entendido que crea una relación aún más íntima y afectiva con el hijo, pero en fin, todos los problemas sean esos. Ya hay un niño en el hogar, es una criatura divina, y hay motivos para ser muy felices

El joven Álvaro se comporta bastante razonablemente en sus primeros meses. Apenas rompe el sueño nocturno de sus padres una sola noche. No es muy llorón y parece bastante obediente. Viene esto último a cuento porque enseguida le han sacado de la alcoba conyugal. Y desde el dormitorio asignado gorjea, ríe y se hace notar. Hasta que una noche la madre le conmina: "¡A callar niño!". Y no se le volverá a oír.

Para ayudar con el nuevo miembro de la familia se han instalado temporalmente en Mollet los padres de Loli, que pasarán unos cuantos meses con ellos. Aunque el nuevo nieto se hace querer, el abuelo Santiago apenas puede disimular sus ganas de regresar a casa. Cataluña no le va mucho.

También la abuela Isabel les visita con cierta frecuencia.

Con un niño de meses en casa, va a tener lugar un hecho natural, pero imprevisto.

Se quedan embarazados de nuevo.

Al principio no les hace mucha gracia. Demasiado seguido. Pero al cabo de unos días ya están encantados con la nueva perspectiva que se abre. Ha llegado el verano y se disponen a emprender las vacaciones.

Al pasar por Zaragoza, Loli tiene pérdidas. Acuden al médico y la someten a una analítica. La prueba arroja un resultado fatídico: ha perdido al bebé. La madre no puede evitar echarse a llorar en la misma consulta. El doctor intenta entonces atenuar la frustración con una confidencia. Les asegura que ha ocurrido lo mejor, porque el feto tenía toxoplasmosis y hubiera nacido con toda probabilidad con malformaciones. Se quedan un tanto extrañados –"¡Si sólo nos han hecho un test de embarazo!"—, pero ante lo que les acaban de revelar dan por bueno lo sucedido.

Mas todo resultará ser una compasiva argucia del doctor, un intento –torpe, a todas luces– de ayudarles a sobrellevar la decepción. Intento que va a desembocar en un enorme y desagradable equívoco. Porque en el momento de irle a realizar el raspado de matriz a Loli, vuelve a dar positivo al embarazo. Y el mismo doctor les propone ahora realizar –esta vez de verdad– la prueba de la toxoplasmosis.

Deberán esperar el resultado durante diez angustiosos días, en los que se pondrán a prueba las creencias y convicciones personales más íntimas de la pareja. ¿Qué hacemos si ahora nos dicen que el niño viene con alguna deficiencia? No tardan en decidir que lo tendrán de cualquier manera.

Por fin llega la prueba. El feto está sano. Pero a la gran alegría le sucederá de inmediato la decepción: al llegar por fin a Las Cuerlas

para comenzar de una vez las alteradas vacaciones, Loli vuelve a tener molestias. A las dos horas de llegar pierde al niño.

Ha sido tal la tensión de aquellas semanas, la montaña rusa de sentimientos y el dilema provocado por el primer y equivocado diagnóstico, que la pareja decide que no volverán a pasar nunca más por algo así. Definitivamente serán una familia de tres miembros.

El triste y embarullado episodio se va superando en el transcurso de aquel verano. Y llega el momento de volver a trabajar a Mollet, ya sin la ayuda de los abuelos. Álvaro ocupa la posición central en sus vidas y hay que buscar a alguien que le atienda y le cuide por las mañanas. Contratan a María, una mujer estupenda, muy responsable. La pobre se sofoca un montón siempre que el niño sufre un incidente, por leve que éste sea. Están muy tranquilos y contentos con ella, pero María se jubila y entra en escena Dolores, una andaluza bastante "vivalavirgen" con la que enseguida notarán ciertas alteraciones en el comportamiento del hijo. Inusitadamente, a la hora del almuerzo, para el que Loli siempre está de vuelta en casa, se muestra remolón y desganado, él que siempre tiene buen apetito. Sospechando algo, le preguntan a la cuidadora: "¿Es que le das algo de comer?". "No, señora, no". Hasta que un día vuelven los dos antes de la hora y le encuentran, tan ufano ¡con un trozo de chorizo en una mano y un pedazo de pan en la otra!

Y otra novedad inesperada: con año y medio que tendrá por entonces, Álvaro ya ha aprendido a expresar sus necesidades para ser conducido al orinal, pero desde que le cuida Dolores observan que se oculta tras una cortina y se lo hace encima. Al cabo de un tiempo, una vecina les avisa de que la tal Dolores le pega al niño unos gritos de aúpa cuando la caca se le escapa.

Así que hacen lo que procede: despedirla. Es una contrariedad, porque sólo falta un mes para que las vacaciones permitan a los padres estar con el pequeño todo el día, pero es lo que hay. Así que ¡a la guardería!

En cualquier caso, es del todo imposible saber lo que supondrá para el joven Álvaro el forzoso cambio. Para Loli, desde luego, supone un pequeño drama cuando los primeros días le deja en manos de los empleados. Pero el muchacho parece de buen conformar, no contraerá ninguna de las pequeñas enfermedades tan comunes cuando se debuta en la guardería –será el primer indicio de su buena salud futura— y esta vez no denotará ningún trauma como los aparentemente padecidos con su segunda cuidadora.

Así que el niño comienza a socializarse pero aún no ha pasado por la pila bautismal. Loli y Pepe quieren que tan significativo acto se celebre en un marco singular como la basílica del Pilar. Así, de paso, al menos una parte de las familias no tendrá que desplazarse. Y dilucidando el momento más propicio, han elegido las siguientes navidades. De tal manera que para entonces Álvaro tiene ya nueve meses y, con gran precocidad, ya se ha echado a andar. Así que ahí le tenemos trasteando él solo, todavía algo inseguro, por el ilustre embaldosado del templo. Y cuando el cura menciona su nombre justo antes de rociarle con el agua bautismal, el infante sorprende a todos levantando visiblemente la cabeza hacia aquel. Porque a esa edad también sabe cuándo se están dirigiendo a él.

La ceremonia resulta entrañable. Los padrinos son el tío Juan Cruz y la tía Alejandra.

La vida de los tres sigue discurriendo plácidamente. Loli y Pepe son aún muy jóvenes, el trabajo les gusta, están rodeados de buenos colegas, y no hay apuros económicos sino más bien lo contrario. Por lo demás, la condición de padres no les ha hecho perder el contacto con los amigos, y se benefician de que una parte de ellos, los compañeros del colegio, vive en el mismo bloque, lo que facilita mucho la relación. Todos los viernes se reúnen a cenar en casa de unos u otros y lo pasan estupendamente, pendientes todos, eso sí, de que los niños que cada uno ha ido teniendo sigan convenientemente dormidos.

Pero la España de las autonomías adquiere cada vez mayor relevancia, y Cataluña reclama sus derechos específicos, también en el ámbito educativo. Aún no se exige saber catalán a los profesores pero está claro que tal requisito ineludible está al caer; el idioma autóctono se va imponiendo en la actividad cotidiana del centro, y de hecho están desembarcando, a veces mediante cursos acelerados al respecto, los "mestres de catalá", a quienes les espera lógicamente una mayor proyección. De manera general, el castellano, con el que ellos se han expresado sin dificultad todos esos años, está retrocediendo visiblemente en la vida social y cotidiana. Y los dos tienen claro que no van a pasar por el aro de aprender catalán para ejercer su oficio. Así que la pareja decide adelantarse a los acontecimientos antes de que el tren les arrolle. En los años venideros la mayoría de sus compañeros de otras regiones harán lo propio: Daniel, Felipe, Fermín, Antonio...

Pepe ha intentado pedir plaza en Zaragoza capital, pero sólo le pueden adjudicar un pueblo de la provincia y desiste. También tantearán el marcharse a la tierra de ella, a Navarra, a la zona del valle de Aranguren, pero allí ocurre tres cuartos de lo mismo, esta vez con el euskera. Y además puntúa alto ser de allí, lo que no vale para los dos.

Por fin, en 1979, al finalizar el curso, a Pepe le autorizan el traslado a la capital del Ebro. Loli se beneficia del sistema existente entonces, que permite que el cónyuge pueda acompañarle, aunque en su caso sólo ocupará plaza de manera provisional. Es el pistoletazo para abandonar definitivamente Mollet.

Pepe está lógicamente contento de regresar a su tierra, pero no ha sido una decisión fácil (no precisamente por los sabrosos complementos que cobraban al principio, pues los han eliminado tiempo atrás). Hicieron excelentes amigos, han sido felices allí, y los dos comparten el sentimiento de dejar atrás algunos de los mejores años de su vida.

Es una sensación agridulce porque no se hubieran planteado el éxodo de no existir el problema lingüístico. Pero notaban el ambiente enrarecido. De algún modo, ambos perciben que les han obligado a marcharse. Aunque rencor hacia Cataluña y los catalanes ninguno. Han encontrado gente buena como en cualquier otra parte de España, y en los años venideros visitarán con cierta frecuencia la región durante repetidos veraneos (Pepe incluso volverá a pisar Mollet, aunque no entrará en su colegio).

Cómo sentir cualquier recelo si, al fin y al cabo, ¡tienen un hijo catalán de nacimiento! Aunque como dice con sorna su padre: "Una desgracia la tiene cualquiera".

Así que ahí les tenemos en Zaragoza. El aterrizaje, como cabía esperar, resulta sencillo y agradable. Durante los primeros meses van a vivir con la madre de Pepe, en la calle Santa Teresa, porque aún no les han dado las llaves del piso que, previsores, han comprado tiempo atrás. La abuela Isabel está lógicamente encantada de poder ver crecer en casa al nieto, les ayuda con todo, y es

un ejemplo de entrega y de saber estar. La convivencia con ella resulta fluida y armónica. A sus sesenta y seis años, es tremendamente discreta y no se mete para nada en los asuntos internos del matrimonio. Y como suegra es ideal, porque suele ser ecuánime y en los posibles conflictos no se pone automáticamente del lado de su hijo salvo cuando éste lleva meridianamente la razón. El afecto de Loli hacia ella, que ya era muy grande, se incrementa aún más. La considera una mujer íntegra y excepcional.

También disfrutan de la cercanía de las hermanas de Pepe. La más pequeña, Delfina, acabó entrando a trabajar en el Hospital Clínico, primero cosiendo y luego como planchadora, y en 1976 se ha casado con José Luis. Mari está casada también y va formando una familia numerosa con sus hijos Isabel, Antonio, Eva y Pili. Y la hermana mayor, Josefina, después de itinerar por casas-cuarteles de la Benemérita en Alicante y luego en pueblos de la provincia, también está de vuelta en Zaragoza con su marido José, y tiene dos hijos varones: Javier y José Carlos.

A Loli y Pepe sólo les falta reconstruir un círculo de amistades como el que, con tan buenos recuerdos, tuvieron en Mollet. No resultará difícil. Porque el matrimonio es aún joven, la abuela echa una mano con el niño, y ellos están muy dispuestos a seguir disfrutando de lo bueno de la vida (y aun de lo malo, porque por aquel tiempo ambos fuman como carreteros). Salen con bastante frecuencia, sobre todo los viernes por la tarde, con Álvaro de la mano, por los numerosos bares del barrio de la abuela. Y por fin se pueden mudar a su nuevo, confortable y razonablemente amplio piso, en la calle Miguel Labordeta.

Los dos trabajan en el mismo colegio, el Torrerramona, en el barrio de Las Fuentes, un centro nuevo, de arquitectura luminosa

y con amplios patios, donde está todo por hacer y que está aglutinando a buena parte del alumnado de uno de los centros privados religiosos más grandes de España y aun de Europa, el Santo Domingo de Silos. Y es que la educación privada retrocede en aquellos años ante la apertura de nuevos centros públicos y gratuitos. El ambiente de trabajo en el Torrerramona es formidable: los profesores celebran cada santo de uno de ellos, cada cumpleaños, bautizo de un hijo, o cualquier otra circunstancia feliz. Celebraciones sencillas, claro, en la sala comunal. Pepe y Loli han tenido suerte, porque por deferencia hacia los nuevos compañeros les han admitido a Álvaro en infantil aunque, a sus dos años y medio, aún no tiene la edad preceptiva de escolarización. El niño -que de vez en cuando se cuela en las aulas donde dan clase sus progenitores-, enseguida percibe la ventaja que le otorga su condición y trata de hacerla valer en cualquier ocasión. Un día, en el recreo, le sorprenden arrebatando y reteniendo el balón con el que juegan sus compañeros, que lógicamente protestan y le gritan para que lo ponga de nuevo en juego. Orgulloso y altivo, el joven Álvaro responde algo así: "No, yo soy hijos de los maestros y hago lo que quiero". Ese día los dos entienden que será mejor llevarlo a otro centro. Y puestos a cambiar, mejor uno donde aprenda idiomas. Que dicen que cuanto más chiquitos, mejor les entra.

Trabajar juntos, verse las caras no sólo en casa sino en el tajo, no les supone ningún cansancio. Cada uno está a lo suyo, a la clase o el curso que les corresponda, aunque sí coinciden en los claustros de profesores, donde por cierto, y en ocasiones, Loli le tiene que pedir en voz baja a su marido que se modere, porque aunque pacífico de natural, Pepe siempre habla con franqueza y no se corta en expresar a las claras lo que piensa del tema que se plantee. Loli es más vergonzosa en eso. Y si alguien les pregunta

a cualquiera de los dos quién es mejor como maestro, no obtendrá una respuesta clara, aunque los dos coinciden en que tal vez ella es –como en la vida misma– más ordenada y meticulosa. También coinciden ambos en esta sentencia: ser un buen enseñante depende en mucha medida de lo que los alumnos colaboren.

Álvaro ingresa pues con cinco años en el Colegio Británico, donde cada día se quedará a comer. Este factor, aparentemente trivial, no deja de suponer un cierto desgarro para su madre. Ahora transcurrirán muchas más horas de separación con el hijo, y de algún modo lo siente como una pequeña ruptura, como el primer signo claro de que ya no es un bebé. Si por ella fuera, le enviaría con la fiambrera para asegurarse de que se alimentará correctamente.

Cada jornada se repite la misma rutina amorosa: por la mañana le llevan hasta la parada del autobús escolar, donde le esperan puntualmente cada tarde. Forman una familia muy unida donde reina el cariño y abundan los juegos. Es el tiempo de las guerras de cosquillas con su padre sobre la moqueta del cuarto pequeño, uno de los recuerdos que Álvaro atesora de esos años de su primera infancia.

Profesores como son, y lógicamente preocupados porque la inversión en un colegio de élite arroje los frutos esperados, sus padres supervisan muy estrechamente su desarrollo educativo. Cada tarde, en el comedor de casa, repasa con ellos, y recita, las lecciones de cada día, sentados los tres a la mesa donde él a su vez observa a veces cómo ellos preparan en la máquina de escribir los exámenes de sus alumnos, o los corrigen.

Álvaro es un niño alegre y poco problemático al que nunca resulta necesario repetirle las cosas ni gritarle. También asoma

enseguida un carácter independiente y autónomo. No está "enmadrado" ni "empadrado" ni echa de menos tener hermanos. Sus juegos se desarrollan mayormente en casa, apenas sale a la calle a jugar con amigos del barrio, y se entretiene bien él solo en su cuarto, con los Playmobil, los Lego, el "Conecta" o un juguete que consiste en extraer los huesos de plástico de un esqueleto humano sin que salte la alarma. También le van los juegos de construcciones y su banco infantil de carpintero, con el que prolonga la afición que le está insuflando su padre; porque al niño le encanta verle trabajar la madera y más adelante aprenderá a manejar el torno que aquel utiliza y con el que le ha visto fabricar juegos de ajedrez, copas, estuches para el colegio y hasta mesas. La llegada de la primera bicicleta será todo un acontecimiento, aunque Pepe tendrá que emplearse a fondo unos días, en la cuesta de la calle donde viven, hasta que el chaval logre manejarla. Toda una victoria para Álvaro, que ya no se separará de este vehículo durante las vacaciones de verano en el pueblo.

Suele ser obediente, como decimos, pero toda regla tiene su excepción. Los mayores problemas surgen a la hora de vestirle. En esta materia el niño asoma enseguida unos criterios asombrosamente propios y rígidos, que se afianzarán aún más al llegar a la adolescencia. Muchas mañanas pelea con su madre a propósito del calzado que debe llevar al colegio, y en una ocasión tienen una bronca por todo lo alto cuando se niega empecinadamente a ponerse unos pantalones ingleses —monísimos para ella, inaceptables para él— con que ella pretenderle llevarle a una comida en casa de un familiar. Loli acaba perdiendo los nervios y le arrea un cachete. Será una de las dos únicas ocasiones en que ella "saque a pasear la mano". La otra será cuando él y su primo Toño rompan en casa un cenicero de cristal de Sevres, regalo de boda, por el

que siente especial predilección. Estaban desmadrados aquel día, saltando de aquí para allá por la casa, y por más que les advirtió, la pequeña catástrofe se acabó produciendo.

Los padres no sólo cuidan el desarrollo mental de su único hijo sino que también están muy pendientes de su nutrición y su salud en general. Todas las tardes resulta obligado que ingiera un buen plato de fruta, y le llevan a visitar regularmente al dentista, el oculista y otros especialistas varios. El capítulo de la visión sí presentará alguna incidencia: con ocho años o así, y aunque él no nota nada de particular, le prescriben llevar gafas, y los padres se propondrán de inmediato que la miopía limite su efecto y no vaya a más. Todos los días le ayudan en unos ejercicios para enfocar la visión que practica en la terraza de casa. Pero llevar lentes a tan temprana edad no le va a suponer trauma alguno.

También le inculcarán el amor por la naturaleza, que tendrá su mayor proyección durante las vacaciones de verano. Vacaciones de dos y aun tres meses largos, las que tienen los maestros, que la familia reparte entre los pueblos de origen de los padres—con el acicate de encontrar allí reunidos a los abuelos, los tíos y los primos—, alguna visita al tío José Antonio, que está trabajando en Bilbao, y la quincena o el mes completo que pasan junto a Juan Cruz y Mari en el piso que estos han adquirido junto al mar en la localidad catalana de Santa Susana. También habrá algún "verano gallego", en Boiro. Para los desplazamientos cuentan ya con el nuevo coche de la familia: un Simca 1200, en cuyos asientos de atrás Álvaro suele echarse un sueñecito durante los trayectos.

El período en Las Cuerlas es siempre el más relajado. El pueblo no es que destaque precisamente por la variedad de atracciones y se presta más a la vida contemplativa y al esparcimiento sencillo en la naturaleza. Padre e hijo salen por las noches a cazar pájaros o se aventuran en la búsqueda de fósiles. Y por supuesto no faltan las excursiones a la laguna de Gallocanta, donde Pepe puede evocar sus alegres baños cuando contaba más o menos la edad que ahora tiene su vástago.

Por aquellos años, en concreto en 1984, llegan muy malas noticias de Estella: fallece el padre de Loli. Aunque tiene ya setenta y nueve años, es un deceso inesperado. Ha hecho una vida normal, tranquila, hasta la misma víspera. Su única ocupación regular era comprar el pan cada día. Una semana antes han estado con él en el pueblo paseando por el campo sin novedad. Un sábado, después de almorzar, comienza a sentirse realmente mal. José María, el único de los hermanos que sigue viviendo con los padres, les avisa con urgencia de que han tenido que hospitalizarle. Ha sido algo de intestino. Para Loli es un tremendo shock y un desastre emocional, pues la buena salud del abuelo Santiago hasta el mismo día de su muerte no les había preparado para algo así.

Fallecido el padre, las conversaciones nocturnas que Loli mantiene con su madre durante los veranos en Estella, cuando los demás se han retirado a dormir y ellas se quedan hablando a solas hasta la una o las dos de la madrugada, adquirirán una intimidad especial.

Esas temporadas veraniegas en Estella, un pueblo mucho más grande, de mayor actividad y atractivos naturales aún más notables que los de Las Cuerlas, resultan muy gratificantes año tras año. Pasean por los campos y frecuentan la magnífica Sierra de Urbasa. Padre e hijo salen a recolectar manzanilla y marrubis, que luego almacenan para mezclarlos con leche. Pero lo mejor es estar con la familia, con la madre, los hermanos y los sobrinos de

Loli con quienes acierten a coincidir en esos días. Todos los adultos se reúnen cada día a almorzar. Los pequeños comen en una mesa separada y luego ven juntos alguna película mientras los mayores juegan la partida.

El primo Aitor –que tiene una hermana, Carolina, cinco años mayor–, se convierte en el gran amigo y compañero de juegos de Álvaro durante aquellos veranos, y será ya una referencia en su vida hasta que la juventud y la distancia geográfica les vaya separando. Siempre reúnen algún grupo de animales –conejos, erizos, patos– a los que observar y cuidar. Y protagonizan las acostumbradas travesuras de cualquier niño, como la de tratar de sacarles regularmente una propina a las tías Carmen o Alejandra, hasta que un día Pepe les conmina seriamente a que las dejen en paz.

Pero en esos meses tibios y luminosos siempre le obligan a reservar momentos para repasar lo estudiado durante el curso anterior y cumplimentar tareas de verano. Loli es muy estricta en este apartado, y en general siempre lleva la iniciativa y es un poco más exigente en la educación del hijo. El padre se muestra algo más bonachón y flexible.

Una y otro se han propuesto desde muy pronto que la formación de Álvaro se complemente con actividades extraescolares variadas. Acude todas las tardes, durante dos o tres horas, a practicar natación en el Club Deportivo Paraíso. Es un ejercicio bastante intenso, un entrenamiento duro. También juega a hockey, y por supuesto se integra en un equipo de fútbol, deporte que ya nunca dejará de practicar, aunque entre los doce y los quince años se implica más con el tenis, para volver luego al balompié. También practicará yudo durante un par de años, aunque con menos entusiasmo. Termina dejándolo porque su mentalidad excluye el

enfrentamiento y la violencia, aunque sea en una vertiente deportiva.

Álvaro acepta de buen grado todo este maratón de actividades con las que —en combinación con el gusto por la naturaleza se va a consolidar la pasión por el deporte tan presente en su vida y que de adulto le llevará a practicar algunos de los menos convencionales: surf, escalada, buceo...

En este tiempo a la natación, el tenis, el fútbol y demás se añade el esquí, por si no hubiera bastante. Aragón cuenta con unas excelentes áreas de montaña, y hacia 1983 la familia adquiere un adosado en Jaca. Ponerse los esquíes resulta pues obligado. Los tres aprenderán juntos. Para Álvaro, lleno de vitalidad, resulta otra excelente diversión y no tardará en deslizarse sin mayores problemas. Pepe y Loli harán... lo que puedan. Ella aún agradece haber logrado conservar intactas sus rodillas y el resto de sus huesos frente a las entusiásticas invitaciones y requisitorias de su hijo (y a menudo el primo Aitor), quienes siempre están retándola: "Mamá, baja por aquí; tía, no te pierdas esto".

En una vertiente más cultural, también le han apuntado a estudiar solfeo y a aprender violín. Tal vez prolongue así la tradición familiar representada por el abuelo Basilio o el tío Germán. El pupilo lo coge con ganas pero será en esta materia en la que, años más adelante, coseche sus únicos reveses como alumno. Suspende algún curso para gran disgusto de su madre, que teme que la impecable trayectoria de su vástago pueda estar empezando a torcerse. Pero al margen de las calificaciones, la semilla queda plantada: el gusto por la música clásica va a ser otra constante de su vida. Y siempre, hasta hoy, tendrá su violín a mano para ejercitarse con él cuando se siente inspirado.

Con tal cúmulo de tareas extraescolares las tardes se vuelven para la familia en una especie de carrusel itinerante. El padre se convierte estos años en lo que él mismo denomina "el taxista": atraviesa Zaragoza para llevar al hijo a esto, le recoge luego para depositarle en las clases de lo otro; luego de nuevo a por él... Sí, le están formando de una manera muy integral pero ¡qué sinvivir!

Mientras tanto Loli, quien como hemos apuntado llegó al Torrerramona sin la plaza en propiedad, al finalizar su primer curso allí ha tenido que cambiarse al Marcos Frechín, donde va a dar clase a los chicos de cuarto de EGB. Aquí va a hacer una amistad que el paso de los años convertirá en estrecha y entrañable. Es una colega, Ángela Guerrero, "Geli". Comienzan a intimar, y al cabo de poco Loli y Pepe pasan cada mañana a recogerla en el coche para ir juntos al centro. Está casada con Juan, que es policía y completa el amistoso cuarteto. Ángela y Loli tienen la misma edad, se jubilarán a la vez, si no hay novedad, y pasan muy buenos ratos fantaseando y haciendo planes de viajes y diversiones para ese todavía lejano, pero inexorable, momento de sus vidas.

Para el curso siguiente, otra mudanza de centro: la destinan al C.P. Ana Mayayo, que tiene la gran ventaja de que está al ladito mismo de casa, pero el inconveniente de que ahora se las verá con alumnos bastante más mayores, los de octavo. Y aunque a estas alturas ya es una maestra experimentada, no deja de sentir cierta aprensión. Aunque durante el verano se ha sometido a sí misma a un cierto examen y reciclaje, en el comienzo de curso no puede evitar sentirse insegura en algunos momentos. Es lo que tiene su profesión: nunca se acaba de aprender del todo y el panorama cambia según la edad de los alumnos, los centros concretos donde se ejerza y otras inciertas variables.

Poco a poco, desde que se establecieron en Zaragoza, la pareja ha ido tejiendo una red de apreciados amigos como la que por suerte disfrutaron en los años de Mollet. Dos de los queridos compañeros de allí, Fermín y Felipe, han abandonado también Cataluña junto a sus esposas y ahora ejercen en la localidad de Zuera. Se intercambian visitas y quedan a cenar allí o acá. Años más tarde, ya poco antes de jubilarse, Fermín y su mujer Fina obtienen plaza en la misma Zaragoza, lo que les acerca aún más.

En el Colegio Británico han conocido a otra pareja, Amparo y Jesús, de la que ya no se van a separar. Son los padres de Raúl, uno de los mejores compañeros de Álvaro. Se van a convertir en los acompañantes por antonomasia en toda suerte de viajes. En los años venideros acudirán juntos a Italia, al parque Disney de Orlando y, más adelante, a las olimpiadas de Barcelona y a la Expo de Sevilla.

Pero volvamos al curso de esta historia

En 1988, con setenta y ocho años, la madre de Pepe se despide de este mundo. Lleva un tiempo con problemas en el riñón, tiene además la tensión alta y toma regularmente pastillas. Un día se siente peor y tienen que hospitalizarla. Los problemas físicos que arrastra conducen entonces a un fatal fallo cardíaco. La abuela Isabel, aquella comerciante vocacional, aquella mujer emprendedora que luchó a viento y marea por el progreso material de su familia, y que en sus últimos años ha sido tan determinante en las vidas de Loli y Pepe con su hospitalidad, su contribución al cuidado de Álvaro y su discreción y saber estar mientras convivió con el matrimonio, ha ido por fin a reunirse con su marido Basilio, casi dos décadas después de quedarse prematuramente viuda.

Será una de las escasas ocasiones en que el siempre contenido Pepe deje asomar unas lágrimas a sus ojos. Para Loli, la abuela Isabel ha sido la mejor de las suegras posibles.

Pero la vida continúa. Álvaro prosigue con brillantez sus estudios en el Colegio Británico. Saca excelentes notas, aunque él apenas le da importancia, y las relaciones con los compañeros son estupendas, sin que tenga que sufrir las envidias activas que muchas veces se dirigen contra los alumnos más destacados. Apenas recuerda ningún incidente durante esta etapa, salvo alguna inevitable pelea (que detesta entablar), y por el contrario cuenta con un círculo estable de amistades que mantendrá incluso muchos años después de la terminación de las clases.

Para completar su formación y tener ocasión de ensayar el idioma, al terminar 6° de EGB, con doce años, sus padres le envían a pasar un mes con una familia inglesa. Desembarca en una pequeña ciudad costera del noreste, a pocos kilómetros de Liverpool. Le acoge una familia con tres hijos de más o menos su edad, con los que afortunadamente hace buenas migas. La experiencia resulta netamente positiva, tanto que la repetirá durante los dos veranos siguientes. Salir de casa y convivir con unos extraños no le va a suponer dificultad ninguna. De algún modo ya ha tenido un entrenamiento con los campamentos de verano a los que acudió antes —en Broto, en Cantavieja o en La Manga murciana—. Y comprobar que se desenvuelve bien con el inglés fuera de las aulas reforzará su ya bastante asentada seguridad en sí mismo.

Antes de partir para su tercera estancia en Inglaterra, en 1991, ha obtenido el título de Graduado Escolar con calificación de sobresaliente, a lo que hay que añadir una nota destacada en la

prueba de inglés. Sus padres están muy orgullosos. Su dedicación al hijo, y la inversión en sus estudios, están dando los frutos esperados. Definitivamente Álvaro promete.

Es ya un adolescente, y está cambiando. Su carácter se va consolidando y lógicamente tiene ya un criterio propio para muchas cuestiones. Por ejemplo en la que constituyó uno de los principales motivos de fricción con su madre durante la infancia: la manera de vestir. Ahora ya se comprarse él solo su propia cosa. Su gusto no coincide en absoluto con el de Loli, que a veces se sulfura... sin que le quede otra que aguantarse.

Para afrontar el bachiller y el Curso de Orientación Universitaria, Álvaro cambia de centro e ingresa en el Colegio Romareda de los Agustinos Recoletos. Una vez más se adapta perfectamente y no sufre ningún "síndrome del novato", entre otras cosas porque se han trasladado con él algunos compañeros del Británico, y además el nuevo instituto recibe cada año una proporción elevada de nuevos alumnos.

Las salidas al exterior continúan. Ahora toca practicar la lengua francesa, y le inscriben en un intercambio con un joven de su edad. Marchará a Pau, muy cerca de la frontera española. Aunque su dominio del francés es bastante inferior al del inglés, de nuevo la experiencia resulta claramente positiva. La familia de acogida es muy hospitalaria y agradable, y congenia bien con su sobrevenido amigo de intercambio, quien además le pone en contacto con las pequeñas damas del país vecino, otra novedad a valorar. Además también han viajado a Pau algunos compañeros del instituto.

¿Qué le puede faltar en el capítulo de los viajes escolares? ¿Tal vez los Estados Unidos? Pues dicho y hecho. Con dieciséis años o

así se marcha a Boston, esta vez para pasar allí dos de los meses de verano.

Se convertirá en la mejor de todas sus experiencias hasta ese momento. Han ido juntos un buen número de compañeros del instituto, y ya no están alojados con familias sino que se hospedan en un campus universitario. La sensación de libertad es ahora felizmente esplendorosa. Sólo deben atender las normas que marca el monitor que se les asigna, y entre aquel grupo de treinta o cuarenta adolescentes ávidos de experiencias, el factor diversión va a ocupar tanto o más espacio que el aprovechamiento escolar. Aunque realizan algún viaje interior y visitan Nueva York y otras ciudades, en el propio campus de Boston van a encontrar todo lo necesario para pasárselo en grande.

Loli y Pepe acusan las repetidas ausencias del niño de sus ojos, y desde luego no pueden exhibir tantos sellos de otras naciones en sus pasaportes, pero también en Zaragoza se están produciendo novedades.

Hacia 1990 deciden ambos cambiar de colegio. Como quedó apuntado, en esa España que se moderniza con ritmo acelerado se están construyendo un buen número de nuevos centros escolares, y unos pocos años antes ha entrado en funcionamiento el Colegio Público Monsalud, en la zona del mismo nombre del barrio de Delicias. Cuenta con unas excelentes instalaciones (posee un pabellón polideportivo cubierto), y con el atractivo añadido de que les queda próximo a su casa de la calle de Miguel Labordeta. (Hoy el C.P. Monsalud sigue existiendo, por supuesto, con 640 alumnos y 42 profesores. En su web exhibe esta sabia máxima atribuida al filósofo Plutarco: "El cerebro no es un vaso por llenar, sino una lámpara por encender").

Loli ya consiguió la plaza en propiedad en el Ana Mayayo, pero este centro se está quedando ya un tanto vetusto y le tienta la nueva aventura. Lo habla con Pepe, y aunque este se encuentra tan a gusto en el Torrerramona, se dejará convencer.

En el primer curso a Loli le tocan los alumnos de 1° y 2° de EGB. Aunque le agradan esos tramos de edades, los chiquillos tan pequeños, con su actividad desbordante, la marean un poco, así que en los siguientes cursos maniobrará con éxito para hacerse cargo del alumnado entre los ocho y los diez años, más asentados y disciplinados que "los locos bajitos".

Por su parte Pepe tendrá que lidiar con los de la segunda etapa de ese ciclo, los que tienen entre diez y doce años. Imparte Lengua y Conocimiento del Medio, asignatura esta última que le resulta la más agradable. También tendrá que hacerse cargo de la clase de Francés durante algún año. Está lejos de ser un experto en esta última materia, pero apoyado en lo poco que estudió de la misma consigue salir del apuro sin que se le noten demasiado las carencias.

Es en el Monsalud donde Pepe se enfrenta a alguno de los altercados con el alumnado más recordados de su trayectoria. En uno de sus cursos tiene en el aula a un pequeño grupo, seis o siete, a quienes no consigue "domar". No pegan ni golpe, con lo cual le obligan a redoblar esfuerzos y afectan negativamente al nivel de la clase entera. La catadura de alguno de ellos se ha puesto claramente de manifiesto cuando, durante una de las tradicionales reuniones de seguimiento, los padres del interfecto le confían a Pepe que el mozo les ha preguntado: "¿y de mayores dónde pensáis ir a vivir?".

Así que esta media docena de elementos consigue a menudo sacarle de sus casillas y, muy a pesar de su carácter cachazudo y poco proclive a perder los nervios, llegan a provocarle un considerable estrés laboral. Finalmente resuelve la crisis tirando por la calle de en medio: que hagan lo que les dé la gana, siempre que no maleen al resto del personal. No vais a conseguir –se promete Pepe a sí mismo– que vuelva a casa cabreado por vuestra culpa.

El episodio será uno de los exponentes de algo que Pepe resalta hoy con amargura: la paulatina y creciente pérdida de disciplina y respeto en las aulas.

Pero con todo, la dilatada etapa en el Monsalud arroja un saldo netamente positivo. Las relaciones con los colegas no llegarán a ser tan estrechas como lo fueron en Mollet o en el más cercano en el tiempo colegio Torrerramona, con su inacabable rosario de celebraciones internas, pero van a ser siempre razonablemente buenas. Todavía hoy Loli queda y sale con Carmen y Josefina, dos compañeras de aquellos años.

Por aquel mismo año de mudanza de colegio, la familia encaja otro duro golpe: la madre de Loli sufre un infarto cerebral. Están disfrutando de sus vacaciones en Orlando, con sus amigos Amparo y Jesús, el hijo de estos y también Aitor, y con buen criterio los hermanos deciden ocultárselo hasta su regreso, pues de nada servirá que regresen precipitadamente, y tampoco quieren arruinar a los niños esa experiencia tan especial. El shock por lo ocurrido es tremendo. Las secuelas son importantes. La abuela Josefina consigue expresarse a duras penas, pero no articula bien y apenas se entiende lo que trata de decir, lo que a todos les genera frustración.

Desde un tiempo después de quedarse viuda, la abuela vive junto a sus hermanas en la casa de Estella. Ahora es evidente que necesitarán asistencia y la familia se plantea contratar a una cuidadora interna, pero aun con ella la tía Alejandra no se atreve a afrontar la responsabilidad que se la viene encima. Así que Loli, con la total anuencia de su marido, decide traer a su madre a vivir con ellos. Una mujer, Rosa, complementará los cuidados. Las tías Carmen y Alejandra, por su parte, se van a vivir a Pamplona con su hermano Julio. A la segunda le quedan ya pocos años de vida.

Y la señora Josefina tampoco vivirá mucho más. Cuatro años después del infarto, en 1994, a sus 79 años, exhala su último aliento tras diversas complicaciones relacionadas con un coágulo en el riñón. Su fallecimiento provocará en su hija una sensación de abatimiento difícil de explicar en alguno de sus perfiles. Por más que disfrute de un marido y un hijo a los que ama con locura, Loli se precipita en una sensación de abandono absoluto, como de quedarse sola en el mundo. Orfandad y también infinita tristeza, porque a diferencia del padre, que se fue de un día para otro, pacíficamente, desde el infarto la abuela, Josefina Lana Erdocia, por más que estuviera arropada y sintiera el cariño a su alrededor, sí ha sufrido.

Descansa para siempre en Estella, junto a su marido.

Indirectamente, la pérdida de la madre propiciará un cambio de residencia. Tras tantos años ya de trabajo, la pareja se ha ganado disfrutar de una casa más amplia y confortable, pero hay otra razón más íntima: Loli necesita cambiar de paredes, alejarse del recuerdo de los duros últimos años de su madre.

No se han fijado una zona concreta de búsqueda. El azar –y el precio razonable que les piden por un adosado– va a traer a

Pepe de vuelta al barrio de Valdefierro, aunque esta vez con distinta compañía y unos cuantos años de más. La vida a menudo ofrece estas casualidades.

Un par de años después, tiene lugar otro acontecimiento que de nuevo les pondrá a prueba.

Diecisiete de junio de 1996. Han salido a cenar con unos amigos y, ya en casa, Pepe empieza a sentirse mal. Tose con insistencia, le duele la garganta y tiene náuseas. Toma una aspirina y se acuesta, pero las molestias van a más. De madrugada deciden ir a urgencias. Álvaro se pone al volante. En el hospital le hacen una radiografía y el diagnóstico es que acaba de sufrir un infarto cardíaco de considerable seriedad. Le ingresan en la Unidad de Vigilancia Intensiva. Un médico les informa que la aspirina ha sido providencial para evitar daños mayores. Álvaro no puede contener las lagrimas (y a Loli se le saltan todavía hoy cuando lo recuerda, tantos años después).

En la UVI permanecerá varios días casi sin consciencia de sí mismo. Cuando por fin recupera la lucidez y se ve rodeado de aparatos, doctores y otros enfermos, se dice para sí mismo: "qué jodido debo de estar". Aunque curiosamente no ha perdido el apetito: le pide a su mujer que le traiga cerezas, saltándose la estricta dieta hospitalaria.

Tras recibir el alta hospitalaria, y la correspondiente baja laboral provisional, las primeras semanas transcurren entre una gran zozobra e inquietud ("estaba acojonado", recuerda él ahora), como le ocurre a cualquier infartado. Es evidente que el incidente ha sido grave, y dejar de plano el tabaco y adecuarse a una dieta estricta serán sólo las consecuencias más livianas. Mientras Pepe trata de aparentar calma, su mujer y su hijo asumen que el dulce equilibrio en que vivían se ha alterado y que hay que reconsiderar ahora toda una serie de elementos. Valorar más lo que se tiene y disfrutar más intensamente la vida en familia. Porque se ha demostrado que todo puede empeorar de un día para otro.

Pero transcurren las semanas y por suerte no se producen más alarmas. A medida que el paciente va saliendo a pasear y abordando sin sobresaltos más y más actividades, se va tranquilizando y haciéndose a las nuevas rutinas. Por mantener un tanto la normalidad, y también por acompañarla, se levanta cada mañana a la misma temprana hora en que debe hacerlo Loli para acudir al colegio.

Sigue de baja todo el curso escolar siguiente, pero al comenzar el de 1997–1998 cree estar en condiciones de volver a las aulas. Acude al médico, quien le informa de que tiene las pulsaciones altas y le aconseja demorar aún el reingreso. Le receta un Tranquimazín que nunca llegará a tomar, como tampoco tendrá cuidado de autocontrolarse la tensión. Nunca ha sido aprensivo, sino todo lo contrario, despreocupado para los asuntos de salud. Así que sortea la recomendación del galeno y en septiembre se reincorpora al Monsalud para el nuevo curso.

Intento fallido. Al cabo de un par de meses, sobre noviembre, tiene que rendirse a la evidencia de que no puede continuar. Se nota sin las fuerzas necesarias, se cansa demasiado. Vuelve al médico, quien le advierte de que en esas escasas semanas se le han disparado todas las analíticas.

Tiene sólo cincuenta y cuatro, pero se impone aceptar de nuevo la baja. Transcurrido el tiempo preceptivo, accede a la jubilación anticipada. Nada de frustración o melancolía. Es lo que hay y debe aceptarlo. A lo largo de su carrera ha enseñado a cientos de alumnos, tal vez a miles, y aunque no fue vocacional, llegó a amar esta profesión. Tanto más a medida que iba sintiéndose más capaz, más útil. No hubiera seguido con ella de no encontrar cierta satisfacción en enseñar, Cuando empezó había muchos trabajos donde elegir.

¿Qué opinión tiene de sí mismo como maestro? Pues depende; dependerá de a quien se lo preguntes, zanja Pepe. "Normal, cumplí mi deber. Unas veces bien y otras normal. Eso sí, procuré llevar las clases con orden y que nadie se desmandara"

En el colegio le organizan el correspondiente homenaje. Ofrece a sus compañeros una comida allí mismo, preparada por las virtuosas cocineras del centro, alguna de las cuales aporta también la nota musical entonando unas jotas. Los colegas le regalan una cadena de oro con un pequeño crucifijo que en adelante no se quitará nunca ("bueno sí, cuando bajé a Dubai, por si acaso, que allí son de otra religión", puntualiza con humor).

Como ya ha tenido un largo rodaje con la primera baja médica, que se ha prolongado durante más de un año, el pase a la reserva definitiva no le va a suponer ningún trauma. Sorpresivamente va a disponer de una nueva compañía que le ayudará a sobrellevar el nuevo estado y las ausencias matutinas de su mujer. El tío Julio, que vive en Pamplona, les ha advertido de que tiene una preciosa perrita husky para quien la quiera. Loli se opone, pero padre e hijo conspiran y, volviendo de Estella un verano, se acercan a recogerla.

El animal, a quien llamarán Mara, se convierte en un compañero inseparable del cabeza de familia. Cada mañana salen los

dos a dar larguísimas caminatas por el cercano Canal Imperial y otros contornos. Pepe siempre la lleva suelta, no le gustan las correas. No sólo acompaña, sino que propicia hacer nuevas amistades o conocimientos, porque se suele acabar entablando conversación con los propietarios de otros canes. Mara se convierte por derecho en el cuarto miembro de la familia, y se preocupan y no dudan en operarla como si fuera un humano cuando le sale un quiste. Aunque peor aun lo pasan cuando se queda preñada de otro congénere de la misma urbanización y al parir uno de los cachorros se le queda atravesado en el parto. Atribulados, irán a buscar a toda prisa un veterinario para que le practique una cesárea. Finalmente será una camada de seis miembros, auténticos peluches, que hará las delicias de la familia... aunque también les dará bastante trabajo.

Mara es una perra muy independiente que se lleva a matar con las de su género, mientras que con los perros se muestra algo más condescendiente, siempre que no se pasen de la raya, en cuyo caso saca a relucir su genio. Como si les uniera la juventud, se vuelve loca con Álvaro (especialmente cuando este vuelve de algunas de sus temporadas en el extranjero), aunque parece tener claro que "el jefe" es el cabeza de familia.

El idilio termina una mala mañana. "El jefe" la ha sacado muy temprano, aún no ha amanecido del todo. Como siempre, sin correa. Casi a la puerta de la urbanización, una moto que circula prácticamente a oscuras la atropella. Mara muere en el acto. El motociclista sale despedido del impacto. Se disculpa, está afligido, no la ha visto. Pepe está confuso y abatido, pero no arremete contra él. Al fin y al cabo ha sido un accidente. Pero será un golpe tremendo. Se ha acostumbrado a la perra.

Pero volvamos con Álvaro.

Por la época en que se han instalado en Valdefierro, ha comenzado en la universidad. Su primera opción era la Ingeniería Aeronáutica, pero debía haber abandonado Zaragoza y marchado a Madrid para cursarla, y esta vez no le apetece la mudanza. Opta por la carrera de Ingeniería Química. Le interesa la rama nuclear. Es ya un hombrecito, y los estudios empiezan a ocupar menos tiempo en su vida. Siempre ha tenido buenos amigos y ahora sale con ellos –y con ellas– con frecuencia, aunque por suerte para Loli y Pepe no trasnocha demasiado y sigue siendo un tipo de costumbres muy sanas. Pero está cambiando. Ya en los primeros años universitarios su madre -siempre más atenta a la cuestión académica-, aprecia que las calificaciones -aunque siempre notables- están decayendo. El hijo se muestra menos receptivo a las recomendaciones paternas y ha acuñado una expresión - "Tengo que optimizar mi tiempo"- que repite cada dos por tres y con la que seguramente trata de hacer valer que ya es un adulto plenamente responsable de la organización de sus jornadas y el rumbo de su vida. Para gran consternación de su progenitora, abandona las clases de música. Tiene "que optimizar su tiempo".

Pero sigue teniendo detalles conmovedores: unos vecinos le han pedido que de clases particulares a un hijo. Y en lugar de gastarse lo recaudado de esta manera, le compra a su madre un anillo que Loli no se ha quitado desde entonces.

Unos viven con ardor su juventud... y de nuevo otros llegan al ocaso de sus vidas. Alejandra, una de las queridas tías de Loli, se suma a los que han dejado este mundo. Su hermana, Carmen, necesita ya mayores cuidados que los que puede proporcionarle el hermano con quien convivían las dos. Toda la familia se plantea el llevarla a una residencia, pero Loli se niega en redondo. Sabe que quien considera "su otra madre" no lo llevará bien. En la casa de Valdefierro si algo sobra es sitio. Lo consulta con Pepe, quien no pone objeción alguna (ella nunca se lo agradecerá lo bastante). Decidido: se la traen a Zaragoza. Es la manera de devolver al menos una parte del cariño y la dedicación que esa mujer ahora anciana vertió con generosidad sobre la que entonces era una niña insumisa y cabezota.

Pepe se va a mostrar igualmente cariñoso y solícito, pero hacerse cargo de una persona tan mayor lógicamente no resulta fácil. Nadie esperaba que fuera a serlo. Llega además a principio del curso escolar, cuando Loli está más atareada, y la tía, que ha alcanzado ya los noventa y tres años, se resiente naturalmente del cambio de casa y costumbres. Además es muy friolera y una casa tan grande no resulta fácil de calentar.

Pero el nuevo esquema de convivencia no se prolongará mucho tempo. La tía Carmen fallece apenas dos meses después de su llegada, a raíz de un problema de vesícula. Los médicos han dicho que no resistiría una operación.

Cuando se llega a una cierta edad, la vida parece empeñada en sorprendernos cada cierto tiempo de la peor forma. A veces es sólo el mecanismo biológico. Pero en otras ocasiones, el golpe llega antes de tiempo.

El mayor de los hermanos de Loli, José María, fue el único que continuó con el negocio ganadero del padre. Fundó su propia explotación y le fue francamente bien, hasta que pasados unos años quiso cambiar de vida y abrió un supermercado. Ahora también colabora con su hermano Julio en negocios de éste. Está

soltero, es el único de los hermanos que se quedó en Estella, y habita la casa nueva que hizo construir la madre tras quedarse viuda. Es una casa bonita, con un estanque y una huerta que José María cuida con delectación, aunque no le gustan ni los tomates ni las lechugas que cultiva en ella.

Un día, estando en la huerta, cae fulminado al suelo. Una vecina se da cuenta y llama a los sanitarios. Cuando estos llegan vive aún, pero lo que quiera que haya padecido le ha afectado muy gravemente al cerebro. Le hospitalizan, pero mantenerle en una vida vegetativa y sin esperanza de recuperación —que ese será el diagnóstico médico— a nadie de la familia le parece aceptable.

Tenía sólo cincuenta y nueve años.

El fallecimiento de José María conmociona a los cuatro hermanos, cuya suerte en la vida ha sido desigual pero globalmente favorable. Julio, el segundo por edad, fue el que heredó en mayor medida la ambición y el sentido de los negocios del patriarca. Estudió artes y oficios, comenzó a trabajar, invirtió en dos pisos. abrió un supermercado y luego dos tiendas en Pamplona... Y continuó trabajando en distintas ocupaciones hasta abordar finalmente un reto aún mayor: hacerse con una extensa superficie de tierras de cultivo, mediante un desembolso considerable. Ofreció a los hermanos participar en la inversión pero ninguno le secundó. Si lo hubieran sabido... porque tras una recalificación de las tierras, resultó un excelente negocio. Julio fue audaz y tuvo su recompensa. Por el camino se casó con Feli, han tenido tres hijos y hoy, desde Mutilva, en Navarra, disfrutan de sus cinco nietos. Los hijos han salido al padre: gestionan casas rurales, tiendas, un restaurante

La vida repartió a todos por la geografía nacional: en Cataluña sigue Juan Cruz, quien al tiempo que ayudaba a su hermana a integrarse en Barcelona trabajó como programador analista en Salvat y luego en Hoechst.

Y al menor de todos, José Antonio, le encontramos en Madrid. Tras estudiar en Estella emigró a Bilbao, donde se licenció en Ciencias Económicas y entró a trabajar para el Banco de Bilbao, desde donde acabarían destinándole a la capital. Está soltero y goza de buena salud.

Y si, como vemos la familia Aramendía—Lana se desperdigó por todo el país, el heredero de los protagonistas de esta historia demostró bien pronto una vocación transfronteriza de aún mayor envergadura.

Avanzamos hacia los últimos momentos del pasado siglo. Nos situamos en torno a 1998–1999. El joven Álvaro progresa más que adecuadamente en su carrera universitaria. Va a iniciar el cuarto curso, y el cuerpo le pide marcha. Salir fuera de nuevo y descubrir otros países y otras mentalidades. Con sus calificaciones, obtiene sin problemas una beca Erasmus. Marchará a Suecia, a Estocolmo, donde pasará un total de dieciséis meses.

Está viajado, pero es la primera vez que se marcha por un período tan prolongado. Afortunadamente cuenta con un factor muy positivo: con él viaja su amigo y compañero en la universidad José Carlos.

La odisea no comienza precisamente bien: nadie se presenta a recogerles en el aeropuerto, como estaba convenido. Y el impacto climático, no por previsto resulta menos desagradable: han pasado del calor agobiante de Zaragoza al frío casi invernal de Estocolmo. Y en pocos días descubrirán con sorpresa que la mitad de las clases se imparten ¡en sueco!

Todo esto quedará como simples anécdotas de las que reírse hoy. Porque ese medio curso va a resultar, para Álvaro y su amigo, una vivencia fantástica, haciendo honor a los mejores tópicos sobre la "experiencia Erasmus". Porque estudian, sí, pero descubren con sorpresa que el nivel que exigen en Suecia –se han especializado en química nuclear– es menor que el español, con lo que mantienen sin problemas el expediente que trajeron... Y si hace falta estudiar menos, habrá más tiempo para divertirse. Y Álvaro lo cumplirá a satisfacción. En sus propias palabras: "nos lo pasamos genial".

Sus padres le echan de menos, naturalmente, pero saben que estas salidas al extranjero darán sus frutos, y que el hijo es un hombre de miras elevadas y ciudadano del mundo. Aunque en ocasiones también un tanto reservado y muy poco dado a contar sus penas. En ello ha salido al padre. Por eso Loli a veces se inquieta: "¿Estará bien?", "¿Marchará de verdad todo correctamente?". Porque Álvaro siempre contesta de la misma y lacónica manera: "Todo bien, todo bien".

Para el quinto y último año de la carrera, de nuevo cambia de aires. Esta vez toca Alemania, en concreto Dortmund, la populosa, industrial, y en aquellos un tanto en decadencia ciudad en el valle del Ruhr. Va a hacer allí todo el curso, y regresará para el proyecto de fin de carrera, aunque se quedará un tiempo más. Aunque buena parte de su actividad se desarrolla en inglés, aprovecha para apuntarse a un curso intensivo de alemán.

Dortmund no le gustará demasiado. Su vida se desenvolverá más en el campus universitario que en salidas a la población, pero se encuentra a gusto y la experiencia volverá a ser tan positiva, o más, que la de Estocolmo. En buena parte por el factor humano: conoce allí a Carlos, un joven de madre peruana y padre alemán, que desde entonces se va a convertir en su mejor amigo hasta el presente.

Y de Dortmund... a Dusseldorf, con una escala en España para presentar el proyecto final y traducirlo para la autoridad académica. Mientras tanto, la familia vende la casa de Jaca que tan buenos momentos les proporcionó en el pasado. Con Álvaro ausente, ya apenas la van a aprovechar. Estamos en el comienzo de 2001 y, con su expediente académico, su dominio de otras lenguas y su currículo en el exterior, el tercer protagonista de esta historia es casi una perita en dulce para cualquier empresa...

Álvaro comienza a trabajar para una de las mayores multinacionales del mundo (en el momento de escribir estas líneas exactamente la séptima con mayor volumen de negocio). Se trata de Johnson & Johnson, en nuestro país conocida a nivel popular por la colonia Nenuco. A estas alturas, a nuestro hombre le interesa profesionalmente la vertiente de desarrollo de producto y no la propia ingeniería química, y su primer desempeño va justamente en esa línea, aunque el producto concreto que le encargan puede suscitar unas leves sonrisas: compresas.

Así que ahí tenemos a Álvaro perfectamente instalado en una poderosísima empresa y haciendo exactamente lo que le gusta. Por si faltara algo, el amor va a llamar a su puerta.

Waltrud, "Walti" para los amigos, trabaja también en Johnson & Johnson. Es suiza y vive en las cercanías de Zúrich. Se han conocido durante un curso de dirección en Bruselas y han iniciado

una relación a distancia. Pasado un tiempo, a Álvaro la empresa le ofrece trasladarse a Suiza. No hay mucho que recapacitar. No es sólo por la chica. Para entonces lleva ya cuatro años en Alemania y el cuerpo le pide un nuevo giro vital.

La relación lógicamente se convierte en un noviazgo en toda la regla. Álvaro se va a vivir con ella a Zug, un muy agradable municipio de 24.000 habitantes, a sólo veinte kilómetros de Zúrich, donde muchas multinacionales tienen su sede por los bajos impuestos. Van tan en serio que compran una vivienda.

La pareja compartirá su vida durante casi tres años, pero finalmente la relación se rompe. "Walti" le supera en edad y desea casarse y, sobre todo, tener hijos. Y en lo que respecta a lo segundo, Álvaro tiene otros planes. La separación será por fortuna amistosa. Ella se queda con el piso con una pactada contraprestación económica.

El hijo de Loli y Pepe vuelve a ser un hombre sin ataduras, y su sana ambición profesional y su afán por conocer mundo le van a llevar a otro nuevo y muy diferente destino. Golfo Pérsico. Emiratos Árabes Unidos. Dubai.

En el emergente y dinámico país, Álvaro va a pasar cuatro años y medio que él mismo define como una experiencia muy interesante y formativa. No tendrá ningún problema con el radical cambio en el estilo de vida, en parte por el elevado número de expatriados como él con el que se va a relacionar, aunque entre ellos los españoles serán minoría.

Loli y Pepe, acompañados por Juan Cruz y Mari, irán a reunirse con él al menos un verano, y desde allí acometerán uno de los viajes que más ha impresionado a la pareja: la visita al magnífico

enclave arqueológico de Petra, en Jordania. Aquella excursión será muy especial para Loli por otra cuestión al margen de lo turístico: compartiendo habitación con el hijo, revivirá muchos otros viajes familiares cuando él era un niño. Pero ahora hay una diferencia: es Álvaro quien les conduce a ellos y lleva la iniciativa en todo. El niño se convirtió en un hombre de mundo.

Para cuando realizan ese viaje a Petra de tan buen recuerdo, en la vida de la familia se ha producido ya otro cambio de gran alcance. En 2009, a sus sesenta años, Loli se ha enfrentado a uno de los mayores dilemas de su vida. En el ministerio ofrecen unas condiciones para jubilarse anticipadamente que resultan difíciles de rechazar.

Está francamente a gusto en el colegio, pero sobre ella se cierne una amenaza: las malditas nuevas tecnologías, la obligación de desenvolverse en ellas con cierta destreza en la actividad docente cotidiana. Aunque su hijo Álvaro es una máquina en estos ámbitos y se esfuerza en que ellos aprendan, su madre se ve demasiado mayor para reciclarse. Cada vez se exige más a los profesores al respecto, y cuando tiene que dar clases con ordenadores y surge cualquier problema, resulta un suplicio para ella. Y la cosa va a ir a más, eso resulta evidente. Loli teme que sus limitaciones al respecto la acaben generando frustración, le pongan en evidencia y pierda incluso la alegría por enseñar.

Pero la decisión es muy delicada. Es joven aún y retirarse ya a casa, por mucho que allí esté siempre Pepe... ¿Lo llevará bien? ¿Se aburrirá? ¿Se deprimirá incluso?

Después de mucho sopesar los pros y los contras, toma la decisión. Se jubila. Y enseguida comprobará con alegría que todos

sus temores han resultado infundados. La nueva condición resulta tener muchas ventajas cuando una tiene un variado surtido de proyectos para ocupar su tiempo.

Hagamos balance. Loli tampoco se sintió vocacionalmente llamada a la enseñanza, pero hoy admite haber sido feliz ejerciéndola. Le resultó muy gratificante comprobar cómo, año tras año, se iba sintiendo con mayores recursos y mejor en lo suyo. Desechando lo que no funciona y profundizando en lo que se demuestra útil para los alumnos y para ella misma. A veces terminaba la jornada y sentía que no le importaría prolongarla. Imposible saber si la Loli enfermera que soñaba de niña y adolescente hubiera sido una adulta más realizada, pero hoy en día se inclina a creer que no habría sido así.

Y si lo piensa se siente afortunada, porque a diferencia de tantos otros colegas de uno u otro sexo, nunca sufrió las críticas ni mucho menos la agresión directa de airados padres de alumnos. Nunca tuvo que enfrentar un incidente realmente serio al respecto, salvo el que tiene lugar casi al final de su carrera docente, en el Monsalud. El episodio en que, durante el recreo, un niño se desvaneció tras recibir un balonazo jugando al fútbol y hubo que trasladarle a la UVI. Ella era la responsable del patio aquel día, la zozobra y la sensación de impotencia fueron inmensas. Los inspectores de educación acudieron inmediatamente a realizar un informe de lo ocurrido y les advirtieron: si la cosa se complica y el niño muere, el ministerio se hará cargo de la debida indemnización. Pero si hay responsabilidad penal... eso ya será cosa de ustedes, los maestros que vigilaban el recreo.

Y es que aquel infante –que luego se sabrá que padecía otros problemas de salud sin los que el golpe recibido no habría desembocado en tales consecuencias—, llegó a estar verdaderamente grave. Tanto que, durante la Semana Santa que comenzaba días después, el departamento tuvo encargada una corona de flores por si tenía lugar un fatal desenlace. Aquellas sí que fueron unas vacaciones malas.

Así que tenemos a Loli liberada de los madrugones matutinos y de la jornada escolar, y haciéndole un corte de mangas a los ordenadores que tanto le estaban complicando la tarea de enseñar. Es el momento de proponerse otro reto de gran envergadura. Un reto por el que ya pasó Pepe una década atrás, aunque en su caso fue un imperativo médico.

Va a intentar dejar de fumar.

El objetivo no se presenta nada fácil después de tantos años de consumo impenitente, incluso dentro de las aulas cuando estaba permitido. Siempre ha recordado con remordimiento el pacto que hizo con Álvaro cuando éste, a sus ocho o nueve años, empezó a ser consciente de los muchos daños para la salud que representaba tal hábito y, por su bien, le pidió que lo dejara: ella dejaría los cigarrillos a cambio de que el peque dejara a su vez de morderse con saña las uñas, como hacía. Su hijo cumplió. Ella no. Y, avergonzada, se vio obligada a fumar a escondidas para no quedar estrepitosamente mal.

En los siguientes años lo intentará otras veces más, siempre en vano, por mucho que ella misma se note la voz cada vez más rasposa y cazallera.

Pero aquel verano, exactamente el treinta y uno de julio de 2009 –la fecha merece ser recordada–, se juramenta con su cuñada Mari, también adicta al tabaco, para abandonar juntas el vicio.

La víspera se dan un atracón de humo, y ese último día del mes se lanzan. A pelo. Sin pastillas, ni parches ni paliativos.

¡Y lo logran!

Está contentísima y orgullosa de haberlo conseguido. La conjura con la cuñada fue crucial. Ambas se apoyaron. Pero fue tanta la costumbre que a día de hoy, casi cinco años después de "la hazaña", aún no se fía. Afirma "tenerlo aún dentro", y aún le ronda la tentación de pedir prestado un cigarrillo cuando está a gusto y distendida tomando un cubalibre con amigos.

Lo que por fortuna –estar relajada tomando algo en buen ambiente– ocurre con razonable frecuencia

ESTO NO SE ACABA AQUÍ

Loli y Pepe no son unos jubilados al uso, si por ello entendemos personas encerradas en su casa, sin apenas relaciones y sin ilusiones. Más bien se las arreglan para llenar de actividades cada día, aunque en esto es Loli quien más destaca. Como dice ella: "Llevo una vida muy ajetreada". Y eso parece:

Se ha tomado muy en serio el ejercicio físico. Es socia del centro deportivo municipal más próximo, y a fe que le saca rendimiento a la cuota que paga. Tres días a la semana, lunes, martes y miércoles, acude religiosamente allí, caminando desde casa para ir calentando, mientras el sol empieza a despuntar. Porque nada de remolonear en la cama: la primera tanda empieza a las siete y media de la mañana. A partir de entonces se entrega a un verdadero carrusel de actividades: aqua—fit, unos largos en la piscina, spa, *Tai Chi*, gimnasia de mantenimiento, *Pilates*, espalda sana... Recomendamos a Pepe que procure no enfadarla mucho porque, en caso de pelea... nos tememos que, con tanto y regular ejercicio su esposa llevaría las de ganar.

¿Tiene suficiente marcha con esto? Pues no. Ciertas cosas que de joven ni se planteó tienen ahora un saludable hueco en su agenda. Los jueves es el día de las clases de baile: baile en línea, pasodobles, tangos... Pero sobre todo sevillanas, a las que en absoluto

fue aficionada antes —lo suyo eran las jotas navarras— pero que ahora la encantan. Su amiga María Antonia, que es quien la ha arrastrado a esta nueva diversión, tiene mucha parte de culpa.

¿Queda alguna mañana por ocupar? ¿Las de los viernes? Pues habrá que ponerle remedio. Y Loli las emplea proyectando su lado más humano en una de las actividades que más satisfacción interna le producen y más se adecúan a una de sus convicciones más íntimas. Acude como voluntaria al centro Ainkaren, una asociación privada filantrópica, sostenida con fondos particulares, consagrada a facilitar techo y recursos a madres embarazadas en situación precaria pero decididas a tener a sus hijos y no dejarse tentar por un aborto. La casa cuna dispone de veintiséis habitaciones para ellas y sus bebés. En el momento de escribir estas líneas, los miembros de la asociación están muy ilusionados con el bautizo colectivo que celebrarán en unas semanas, oficiado por el mismísimo obispo de Zaragoza.

En Ainkaren, Loli se encarga de la guardería. Cambia pañales, administra biberones y otros alimentos, y juega mucho con los chiquillos, que de algún modo la conectan de nuevo con ese mundo infantil que tanto disfrutó como maestra. Regresa a casa muy reconfortada interiormente. Es, dice ella, "sólo un granito de arena" en la asistencia a mujeres y niños en apuros, pero se siente completamente identificada con la labor que realiza el centro: fomentar la natalidad y evitar los abortos indeseados. Y cada uno de esos viernes se lleva consigo, en el hatillo de su corazón, un buen surtido de encantadoras sonrisas de bebés.

Y al llegar a casa, y tras atender las ineludibles tareas domésticas ¡qué gusto amodorrarse en el sofá con Pepe viendo alguna telenovela en la tele! ¡Y qué placer luego, a la tarde, tener tiempo

para coger un libro, y al terminar otro, y adentrarse en las historias que propongan los autores!

El nivel de actividad de Pepe es, digamos, distinto. Con su socarronería y sentido del humor habituales, él mismo condensa en estas palabras su programación diaria: "Por las mañanas no hago nada, y por las tardes descanso".

En el apartado matutino, lo suyo es sobre todo salir a pasear largamente por las cercanías. Lo habitual es que lo haga durante un par de horas, aunque admite que ya ha bajado el listón desde que le acompañaba Mara, la perra, porque "los años no perdonan". Se levanta muy temprano y coge la dirección que más le inspire. Si hace viento, toma la ruta más abrigada. Una de las más habituales es acercarse al Canal Imperial de Aragón, que está a tiro de piedra. Y siempre se encuentra con algún amigo o conocido, jubilado como él, con el que, tras repasar otros temas, acabará normalmente "hablando del gobierno". Sus correrías siempre se ciñen, en todo caso, a los alrededores de este barrio de Valdefierro al que llegó de adolescente y al que regresó hace dieciocho años para encontrarlo despoblado del paisanaje de entonces. La única obligación diaria de Pepe es comprar el pan (igual que le tocaba al padre de Loli en sus últimos tiempos).

Y lo que también resulta un pasatiempo sencillo pero muy grato es juntarse con el sobrino Javier, a quien el azar ha llevado a vivir justamente en la misma urbanización. Hijo de Josefina y hermano de José Carlos, los primeros sobrinos de la saga, Javier tiene ya cincuenta y tres años y tres hijos, y realmente es una gran suerte tenerle tan cerca, aunque se quiere por igual a los demás sobrinos, once en total (Aitor, Carolina, Isabel, Antonio, Eva, Pili,

la otra Isabel, Santi y Nacho, además de los ya nombrados), repartidos por la geografía nacional.

Pepe no tiene tantas y tan absorbentes aficiones como su media naranja. La afición por trabajar la madera prácticamente la ha abandonado, y el fútbol que tanto embriaga a otros, a él *ni fu ni fa*. Fue un buen lector de periódicos, pero ahora lee las noticias en la "tableta" que le regaló el hijo, quien a la primera de cambio les endilga cualquiera de esos nuevos aparatos tecnológicos que no paran de aparecer y renovarse. A lo que sí le ha cogido gusto es a jugar a los "marcianitos" u otros juegos con el trasto este, que reconoce que realmente resulta muy cómodo de manejar desde el sillón.

Pepe procura estar informado, y lo está de hecho, pero la verdad es que se ha desengañado de muchas de las cosas que ocurren dentro y fuera de España, y las contempla con cierta distancia.

Después de comer, un poco de televisión, siesta (a menudo lo segundo conduce plácidamente a lo tercero), y por las tardes a distraerse como Dios dé a entender. Si es fuera de casa tanto mejor. Al menos para Loli.

Sus salidas más gratas acostumbran a ser para tomar algo o cenar por el centro de Zaragoza. Una pizza en *Salvatore's*, unos rodeznos en *Rodi*; o los mejores huevos rotos de la ciudad en *Casa Martín*. Y sardinas y otras tapas en cualquiera de los bares a los que tienen mayor afición.

Y siempre que se pueda, con amigos. A veces con Juan, el marido de la entrañable Geli, quien desgraciadamente no pudo cumplir con la mayoría de los planes que había concebido con Loli para cuando ambas dejaran de trabajar. Un cáncer se la llevó tan sólo un año después de la jubilación. Otros días con Fermín y

Fina, con quienes siguen acumulando momentos muy gratos desde aquellos lejanos tiempos de Mollet. Fermín, que es muy aficionado a la montaña, les lleva al campo en cuanto se descuidan; Fina muchas veces se queda en casa porque no puede seguirle el ritmo. Cuando no quedan, se telefonean con frecuencia.

Otra buena distracción –y a esta edad hay que tomárselo también como una obligación–, es salir simplemente a caminar. A menudo les acompañan Delfina y José Luis, que siguen viviendo en el barrio de Monsalud.

De salir al cine, menos. Los dos son aficionados, pero no lo frecuentan por un problema de incompatibilidades: no les gustan el mismo tipo de películas, y lo que se estrena ahora tampoco es que les vuelva locos. Pepe está un tanto chapado a la antigua: le encantan los "western" y las de James Bond.

¿Viajes? Pues no es algo que les cautive especialmente. Con los desplazamientos para encontrarse con Álvaro en Suiza, cuando no es él quien viene a Zaragoza, tienen el cupo cubierto, aunque aquí Pepe sí manifiesta dos deseos que le gustaría cumplir: conocer las cataratas de Iguazú, y el cañón del Colorado (¿será por sus queridos "western"?).

En verano está la temporada en la casa de Estella que la abuela Josefina hizo construir para que sirviera de lugar de reunión para toda la familia. Y también acostumbran a pasar unos días en la casa en la playa de Juan Cruz y Mari, con la familia de ella, en La Mora.

Por Las Cuerlas se dejan caer poco, esa es la verdad, aunque siguen teniendo unas tierras en arriendo. Hace años que no van. Tampoco frecuentan Aramendía

¿Ilusiones actuales? ¿Proyectos de futuro? Pues los que surjan, pero de uno en uno y con calma, sin atropellarse. Loli lo tiene claro: "Seguir como estoy". Primero que haya salud –y en esto ya están teniendo bastante más suerte que otros familiares muy cercanos—, y luego ya irán viendo. Seguir juntándose con la familia y los amigos siempre que se pueda.

¿Echan algo de menos? Pues sí, claramente: tener a Álvaro más cerca. Poderle ver y estar más al quite si se le presenta alguna dificultad.

Aunque en este capítulo de las ilusiones futuras, hay una muy muy especial. Pero nos piden que seamos muy discretos. Así que sólo apuntaremos que depende de Álvaro, aunque no exclusivamente: tendría que existir una colaboradora. Y hasta aquí podemos leer.

Porque una cosa se puede decir con toda claridad: la mayor fuente de felicidad para esta pareja es haber traído al mundo y criado a este hijo. El que fuera un niño aplicado, encantador y deportista, se hizo luego un joven trabajador, ajeno a las drogas y a cualquier vicio, con inquietudes culturales y dispuesto a labrarse su vida sin conocer fronteras. Y hoy en día es un hombre brillante, que apenas para de viajar por el planeta por motivos laborales o de ocio, muy bien situado profesionalmente. Con una tarjeta de empresa donde se lee: "Director Global Category Management". Que debe ser algo bastante importante (lo traduciremos como director de equipo global en el área de desarrollo de negocio: licencias de productos, compras, etcétera).

Sigue viviendo en Zug, un lugar que le encanta, y cuenta con un entorno de amistades en el que se siente muy bien integrado. Hay una presencia femenina cuyo papel podría tal vez crecer en importancia pero, como le dice a su madre: "Hasta que yo no te diga que hay algo, no hay nada". Así que no insistiremos.

Muy por encima de su evidente triunfo profesional, lo que Loli y Pepe valoran más en Álvaro es su condición de buena persona. Y la de magnífico hijo, siempre preocupado por ellos, y con el que por suerte mantienen una comunicación prácticamente cotidiana. Para los dos es un buen motivo para declarase muy satisfechos de sus vidas Los mejores momentos de cada año son aquellos en que se reúnen los tres, en España o en Suiza. Y por suerte eso ocurre cada dos meses o así.

Pero entretanto Pepe y Loli (cambiemos por una vez el orden de mención), cuentan con un factor decisivo: se tienen el uno al otro, y disfrutan de su vida en común.

Han pasado muchas cosas desde que en aquellos casi insignificantes pueblos de Aragón y Navarra vinieran al mundo los dos protagonistas principales de esta historia, en el seno de familias de labradores y ganaderos. Nada pasó en balde, lo bueno y lo menos propicio. De nada dicen tener que arrepentirse especialmente. El balance hasta aquí les parece más que favorable.

Pero tal vez sea un error hablar de balances. Les queda mucha vida por delante, y muchos momentos entrañables y valiosos que guardar en sus retinas y en sus corazones.

Para Pepe y Loli, esto no se acaba aquí.